



La Casa GRANDE

Carlos Pellicer • Jaime Sabines • Alba Lucía Tamayo
• Fernando Herrera • Jorge Bustamante
• Eduardo García Aguilar
• Marco Tulio Aguilera Garramuño • Vicente Quirarte
• Julio Olaciregui • José María Espinasa • Ricardo Cuéllar
• Pedro Serrano • Entrevista a Santiago Rebolledo

DIRECTOR
Mario Rey

CONSEJO EDITORIAL
Marco Tulio Aguilera G.
Felipe Agudelo
Guillermo Bustamante Z.
Jorge Bustamante G.
Fernando Cruz K.
José María Espinasa
Eduardo García A.
Ana María Jaramillo
Fabio Jurado
Morelia Montes
Hernando Motato
Eduardo Serrano O.

CAPTURA
Diego Sánchez
DISEÑO
Ofelia Mercado
Jorge Aguilar
IMPRESIÓN
Imprenta
de Juan Pablos, S.A.

SUSCRIPCIONES
Cuatro números:
Colombia: \$ 16,000.⁰⁰
México: \$ 80.⁰⁰



Choapan 44-20,
Colonia Condesa, C.P. 06140,
México, D.F.,
teléfono: 2 72 30 98
Internet:
tcolin@viernes.iwm.com.mx

Contenido

Editorial	1
Carlos Pellicer y Colombia: un largo viaje y una amistad que no termina, <i>Carlos Pellicer López</i> Dos poemas escritos en Colombia por Carlos Pellicer	2
Montreal, <i>Fabio Martínez</i>	4
Bolívar en Santa Marta, <i>Vicente Quinarte</i>	5
El poeta colombiano enamorado de Sor Juana, <i>Fabio Jurado Valencia</i>	6
Maqroll, el viajero en el mundo de Álvaro Mutis, <i>Hernando Motato</i>	13
Huellas mexicanas, <i>Alba Lucía Tamayo</i>	18
La lectura como testimonio, <i>José María Espinasa</i>	19
La carroza de piedra, <i>Fernando Herrera</i>	23
Entrevista a Santiago Rebolledo, <i>Mario Rey</i>	24
Celebración de las setenta primaveras del poeta Jaime Sabines, <i>Ricardo Cuéllar</i>	31
Hambre de abuelo, <i>Julio Olaciregui</i>	35
Delirio de San Cristóbal. Manifiesto para una generación desencantada, <i>Eduardo García Aguilar</i>	39
Naufragio 26, <i>Hernando Revelo</i>	42
El señor de los sueños, <i>Marco Tulio Aguilera Garramuño</i>	43
La alegría de leer: <i>Ignorancia</i> , <i>Hernando Motato</i>	44
Una mujer, <i>Pedro Serrano</i>	45
La Red Caldas de científicos e investigadores colombianos: una propuesta internacional de Colciencias	46
Los hombres que aman las piedras, <i>Jorge Bustamante</i>	3a. forros
Portada e ilustraciones: <i>Santiago Rebolledo</i>	



"La Casa Grande" se propone ofrecer un corredor más de comunicación entre los colombianos interesados en la cultura; entre los miles de artistas, investigadores, deportistas, comerciantes, empresarios y trabajadores colombianos residentes en el exterior, su entorno y Colombia; entre quienes, viviendo en el país, recorren los largos y duros caminos del exilio interior, de la reflexión, el trabajo, el amor y los sueños; entre quienes, día a día, con su labor, construyen en cualquier lugar del mundo "La Casa Grande: Colombia" que llevamos en el corazón.

"La Casa Grande" toma el nombre de la novela del escritor colombiano Álvaro Cepeda Samudio porque nos sugiere la idea de esa gran casa que todos llevamos dentro: Colombia; porque deseamos rendirle un pequeño homenaje y destacar el valor de hombres como él y sus amigos, pues estamos convencidos de que "La poesía salvará a Colombia", como dijera el poeta Álvaro Mutis al inaugurar la III Semana Cultural de Colombia en México.

"La Casa Grande" circulará simultáneamente en Colombia y en México, dado que un gran número de colombianos residimos en este bello país, y que los dos pueblos alimentan un intenso, afectuoso y productivo diálogo cultural desde mucho antes que se constituyeran en naciones. Este número así lo ilustra. Pero los colombianos somos viajeros, nos encontramos dispersos por todos lados, y queremos recoger y difundir nuestras experiencias, producción y mirada, y la de quienes nos reciben o visitan.

"La Casa Grande" tendrá como eje las diversas manifestaciones de la cultura colombiana, sin olvidar que sólo somos uno de los puntos de encuentro de la expresión humana, y que sólo existimos en la medida en que tenemos conciencia del otro.

"La Casa Grande" se propone ser una revista cultural en el sentido amplio de la palabra; queremos dialogar con el gran público lector que se interesa igual por la poesía o la crítica literaria que por los avances científicos, la economía, las empresas, una buena crónica deportiva, las artes plásticas, la danza o un testimonio.

"La Casa Grande" sólo es un proyecto; esperamos que este número sirva como primera piedra; que nuestros lectores se vinculen a su construcción; que la hagan suya, que las puertas permanezcan abiertas. Nos encantaría recibir comentarios, poemas, cuentos, ensayos, críticas, propuestas, libros, revistas, material gráfico, testimonios, y que se preparen uno o varios números en otros países.

"La Casa Grande" está abierta a todos quienes estén interesados en construirla y disfrutarla: ¡Bienvenidos!



Carlos Pellicer y Colombia:

Un largo viaje y una amistad que no termina

CARLOS PELLICER LÓPEZ



A finales de 1918, Carlos Pellicer viajó a Bogotá, Colombia. Era su primer viaje al extranjero. El gobierno de Venustiano Carranza lo comisionó a él y a otros jóvenes (Luis Padilla Nervo, Luis Norma, entre otros), para representar a los estudiantes mexicanos ante las agrupaciones estudiantiles en algunos países sudamericanos.

Pellicer escogió Colombia por varias razones. Desde niño admiró a Bolívar, gracias a su padre, don Carlos Pellicer Marchena, químico farmacéutico, con una buena hoja de servicio en el Ejército Constitucionalista, donde alcanzó el grado de teniente coronel. Bolívar fue siempre el héroe máximo y la idea de conocer la tierra de la Gran Colombia era naturalmente atractiva. Existía también la posibilidad de conocer Venezuela y engarzar otra cuenta bolivariana. Una última razón era de orden económico, ya que mis abuelos nunca vivieron holgadamente. ("Cuando la pobreza se ha quedado a vivir en nuestra casa, mi madre le ha hecho honores de princesa real"). Pensaban que en Colombia la vida no sería tan cara como en Argentina o Chile.

Querido don Venustiano
que he venido por
la inteligencia y amor
al amor de mi patria
de Bogotá
Con un pellico de
mi corazón
Carlos Pellicer
Bogotá Colombia
Septiembre 12
1919

Así pues, el melenudo poeta de 21 años se despidió en la estación del ferrocarril, el 3 de octubre, con rumbo a Nogales, para seguir de ahí a Nueva York. La extraña ruta se debió seguramente al interés de conocer "la ciudad de ciudades" y sus museos, de los que tenía abundante información, gracias a su natural interés por las artes plásticas y a las lecciones que había recibido de su buen amigo el pintor Mateo Herrera. Además, cerca de Nueva York, en Filadelfia, vivía su tío, don Tomás Pellicer, entonces cónsul de México en esa ciudad.

Las semanas que pasó en Nueva York las aprovechó muy bien, visitó cuanto museo encontró, comprobando frente a los originales sus fundamentos de la historia del arte. Recorrer con él un museo era una lección inolvidable, no sólo para el acompañante, sino para el poeta mismo. Hubo también conciertos, óperas y asomos a las tiendas; de estas últimas resultarían las célebres corbatas, sensación y conmoción de la sociedad bogotana meses después.

El 28 de noviembre zarpó Pellicer rumbo a la Habana, siguiente escala del viaje. Ahí vivía -exiliado- Salvador Díaz Mirón, uno de los maestros definitivos para el joven poeta. Una tarde lo esperó a la salida del Instituto Newton, donde Díaz Mirón enseñaba matemáticas, y conversó largo rato con el violento y célebre artista. Las conversaciones se repitieron y alguna vez el maestro recitó sus poemas. Fueron recuerdos inolvidables que maduraron en tercetos de homenaje casi diez años después.

Y de nueva cuenta, el mar. Ahora para navegar al puerto de Colón, en Panamá, donde permaneció tres días y otro navío lo llevó -fin del capítulo marino- a tierras colombianas. Es curioso que la primera ciudad que lo recibió haya sido precisamente Santa Marta. Pasó horas solamente, pero suficientes para visitar San Pedro Alejandrino y "postrarse" ante el recuerdo, en la última habitación terrestre de Bolívar. El reconocimiento del espacio físico -que para Pellicer fue fundamental- confirmó su pasión bolivariana.

Empezaba otro capítulo del viaje, al abordar el tren que lo llevaría a Barranquilla, donde esperó dos días la salida del barco de vapor, con su gran rueda, que remontaba el río Magdalena. En esta embarcación, familiar para el joven que creció en San Juan Bautista, donde atracaban transportes iguales, al día siguiente, por la tarde, dejó correr el lápiz sobre el papel para anotar su primer poema colombiano. Es notable el ambiente que describe, tan parecido al de su infancia frente al río Grijalva. El paisaje, la luz, la temperatura, la vegetación y la misma gente debieron recordarle su tierra y sus ríos originales. (Este poema, a diferencia del siguiente, sí fue publicado, en el periódico *Gil Blas* de Bogotá, el año siguiente).

Transcurrieron cuatro largos y muy calientes días para llegar a La Dorada, donde habría que transbordar de nueva cuenta a un trenecito y avanzar así hasta Beltrán, otro puerto fluvial, pero ya en el alto Magdalena, y navegar de nuevo por el "grávido río", soportando más calor, moscos y un largo cansancio acumulado. A pesar de todo esto, poco antes de desembocar en Girardot, escribe un segundo poema, con más humor y familiaridad con el medio que lo rodea. Pero era el 24 de diciembre y de seguro extrañó más que nunca a doña Deifilia, a don Carlos y a su hermanito Juan José en esa extraña "Nochebuena".

Paisajes y pájaros

A Delio Serravalle

*Junto al agudo islote, los pájaros fluviales
desdoblan claros vuelos de lenta plenitud.
Sueltan las cuatro garzas movimientos iguales
como si así ensayaran una suave actitud.*

*Zozobran en el ciclo síntomas vesperales;
el sol súbitamente reacciona en juventud;
y las nubes se aclaran desbandándose, tales
como si presintieran la final inquietud.*

*Como altas iniciales son las garzas morenas,
pájaros elegantes, imprevistos; serenas
pinceladas movidas por un ruido vulgar.*

*Son intactas disculpas del paisaje aburrido,
que quietismos desligan con vuelo diluido
en el tiempo sin horas de la tierra solar.*

Carlos Pellicer C., diciembre 18 de 1918

Con un suave color

*La mañana sin oros, sin peinarle sus nubes
morena y desganaada se levantó más tarde.
En vano trizó el pájaro y en vano su perfume
la flor. El alba tuvo pereza por los Andes.
Una dulce pereza tiene el paisaje triste.
El río tiene un dejo de tristeza sensual.
La palidez del mundo tantas cosas nos dice,
que la lenta mañana no se quiere aclarar.
Criba enorme, tu eres el centro del paisaje,
cincelada a la orilla de un plácido cantil.
Palmera: sigue ondeando tu verde cortinaje,
te alabo como todos diciéndote gentil.
Comienza el río a ser una seda chispeante;
cintila, se deshila, titila el río al sol.
La mañana de pie, de pie sobre los Andes,
voló como los ángeles con alas de arrebol.*

*Carlos Pellicer C.,
sobre el Alto Magdalena, Colombia
Diciembre 24 de 1918.*

Al día siguiente, el último capítulo del viaje se hizo en un viejo ferrocarril, que lo subió del agobiante calor al frío lluvioso de la sabana bogotana, con su tierra casi negra, su paleta infinita de verdes y allá, al fondo, los tejados y las torres de la catedral, sonando sus "Campanas de las ocho y media, /campanas nocturnas; /Campanas que parecen de la media noche..." Era el día de navidad, y desde su salida de la ciudad de México habían transcurrido ochenta y tres días de viaje.

Pellicer vivió poco más de un año en Colombia. Estudió en el Colegio del Rosario. Deslumbró a sus amigos con sus cuentos, con su voz, con su pasión bolivariana, con sus corbatas "raja-retinas", con su apetito panagruélico, con sus crónicas de las danzas de Tórtola Valencia, con su extraña sensualidad, con sus versos personales y diferentes, con su vasta cultura, con su inexplicable religiosidad, con su ideario político, con su gusto tropical para zambullirse en cualquier charco, con su singular personalidad.

Su estancia en Colombia marcó la relación de ambos países. Se anudaron muchas amistades que hoy siguen dando los mejores frutos, recordándonos que a pesar de la distancia, aquí y allá, "no suceden cosas, de mayor trascendencia que las rosas".

Carlos Pellicer López, México, D.F. (1950).



Montreal

A Gilles Thérien

En invierno, en Montreal, los andenes son espejos donde la gente se mira. El que no se refleja es porque al contrario de Pigmalión no recibió el don de la locura.

En verano, las mujeres de cuello delicado de flamenco cantan en las ventanas. Los hombres viven apachurrados en los bares escurriendo la última gota de una *Maudite* y los niños, perros y ancianos, cuando están lejos de una piscina o de un hidrante, explotan como si fueran bombas de propano.

La primavera como el otoño pasan fugaces dejando una gama cromática multicolor que se entierra en el corazón, y un olor a polen que enferma a los alérgicos y a los ciclotímicos.

En invierno, en Montreal, los hombres y las mujeres son espejos y están hechos de vidrio.

Fabio Martínez, Cali, Colombia, 1955. Reside en Canadá.

Bolívar en Santa Marta

*Asunto de todos será este presente inacabable:
escuelas, acorazados y países
ostentarán mi nombre. Las notas de mi espada
las cantarán los nuevos, y su brillo
latirá en lo más hondo de la selva.*

*Me tomarán en vilo para cortarme en trozos
y venderme en postales.*

*Me explorarán el tórax,
harán un cuestionario a mis pulmones,
medirán el color de mi infortunio.*

*El futuro y su homónimo, la gloria, serán para mí
-o el que será por mí- tiempo presente.*

*Acaso un día, bajo un cielo
restirado como la sábana de Dios,
alguien llegue a la Quinta de San Pedro Alejandrino
y aspire el perfume de estos tamarindos.*

*El reloj detenido
tres minutos después de la primera hora,
al mundo dirá que ya estoy en los libros,
y ya soy de todos.*

*Pero es asunto privado, el de morirse,
negocio entre la parca y este cuerpo
que se bate -invencible- en retirada.*

*Me acompañan, acaso, mis despojos,
este Simón Bolívar que estoy siendo,
que será de los otros, pero ya nunca mío.*

Vicente Quirarte, México, D.F. (1954).

Vicente Quirarte



El poeta colombiano enamorado de Sor Juana

FABIO JURADO VALENCIA

El diálogo entre la literatura colombiana y la literatura mexicana tiene sus orígenes en el período colonial. Si bien siempre ha habido una distancia muy grande en el desarrollo cultural de los dos países, siendo México un país de arraigos culturales prehispánicos muy fuertes, nos asombra la búsqueda permanente de la comunicación cultural que ha caracterizado a México y a Colombia. Dicha comunicación se ha instaurado a través de la música, del cine y de la literatura. Cada uno de estos ámbitos constituye referentes de investigación desde los cuales se podría indagar por la especificidad y causas de esta comunión cultural. Por ahora, vamos a detenernos en el ámbito de lo literario, tratando de desentrañar los rasgos del primer diálogo literario entre Colombia y México.

La publicación, en Madrid, del primer volumen de la obra de Sor Juana, con el título *Inundación Castálida*, data de 1689. En 1690 y 1691 se reedita el volumen, también en Madrid, con el título de *Poemas*, en respuesta a la acogida de su obra en España. Parece no haber datos precisos, sin embargo, sobre la circulación de la obra de Sor Juana en las colonias españolas. Sólo a través de obras de otros autores, como la del colombiano Francisco Álvarez de Velasco, podemos inferir lo que sería la recepción o modo de representación de la figura de Sor Juana en los países de la América novohispana, y particularmente el primer ejemplo de recepción de la literatura mexicana en la literatura colombiana.

Debemos a José Pascual Buxó, investigador del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, de la UNAM, la reivindicación de un poeta colombiano que fue opacado, sin duda, por la magnificencia y grandeza de una obra como la de Hernando Domínguez Camargo. Los historiadores de la literatura colombiana han con-



tribuido mucho más a dicho opacamiento, por el poco interés que han mostrado hacia un poeta que inició la búsqueda de una estética que habrá de alcanzar su punto más culminante en la poética de José asunción Silva. Ese intento por romper con las estructuras canónicas de la poesía de su tiempo, aunque también las cultivara, constituye un antecedente de la obra de Silva; esa actitud tan atrevida en el tratamiento lírico del amor y del deseo, y en el modo de jugar con las frustraciones y



la melancolía, nos hacer evocar al yo poético que habla a través de muchos de los poemas de Silva.

Luego de quedar viudo y solo, sin hijos, Francisco Álvarez se encuentra con la voz poética de Sor Juana, y dedica el resto de sus días al estudio minucioso de la obra de la monja y a su invocación como mujer. Con José Pascual Buxó,

"[...] Hemos de suponer que los dos primeros tomos de las obras de la Décima Musa llegaron a Santa Fe entre 1694 y 1696 o, al menos, que sería entonces cuando Álvarez de Velasco pudo empezar a leerlos despacio: el entendimiento amoroso por Sor Juana (amor intelectual o platónico, como él mismo lo calificaba, pero también ansioso deseo de la presencia y comunicación con la amada) coincide con su renovada actividad de comerciante y funcionario..." (en *El enamorado de Sor Juana*, México, UNAM, 1994, p. 72)

Nuestro poeta tendría entonces 47 ó 49 años y la obra de Sor Juana parece reanimar el amor juvenil y las ansias de decantar y pulir los poemas que desde hacía varios años venía trabajando para su futura publicación en España; a la par, vive con la esperanza de llegar a conocer algún día a Sor Juana y, por qué no decirlo, por lo que podemos inferir de su obra, la esperanza de realizar ese amor. Sor Juana nunca tendrá noticia de este enamorado, pues cuando Francisco Álvarez quiso enviarle las cartas poéticas ella había muerto.

Hijo del oidor Gabriel Álvarez de Velasco, de la Real Audiencia del Nuevo Reino de Granada, quien fuera "autor de algunos tratados en latín", Francisco Álvarez de Velasco hereda de su padre, además de propiedades y libros, la afición por la escritura, gusto que habrá de intensificarse, como lo sugieren sus biógrafos (Jaime Tello y Enrique Porras Collantes), cuando los compromisos económicos y gubernamentales lo obligaron a radicarse en la aislada provincia de Neiva, en donde se desempeñó como "gobernador y capitán". Este parece haber sido el lugar que le permitió construir las fantasías amorosas con Sor Juana.

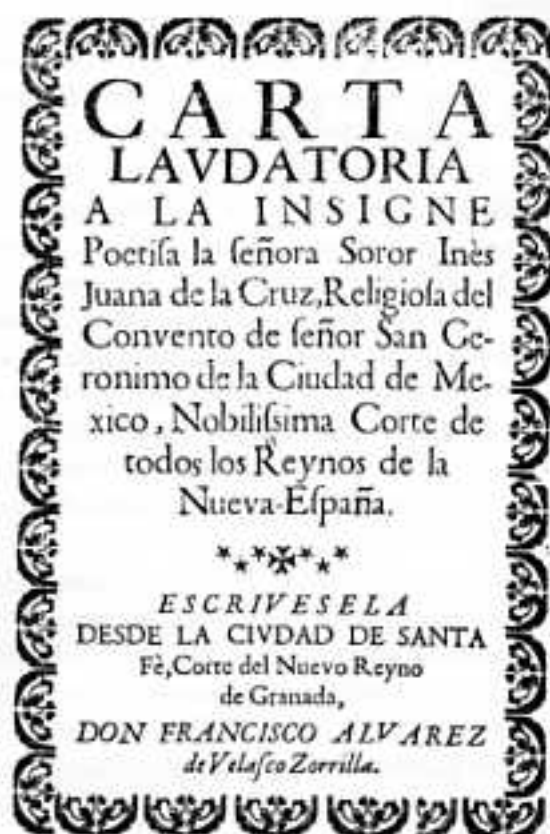
No lo dice José Pascual Buxó, pero al leer los poemas

que Álvarez de Velasco escribiera teniendo en mente a Sor Juana, nos damos cuenta que si los ánimos hubiesen sido distintos, en lugar del verso, Álvarez de Velasco pudiese haber escrito el primer estudio argumentado, hipotético y ensayístico sobre la

obra fundamental de Sor Juana - "Primero Sueño". Así lo sentimos cuando leemos el estudio de José Pascual y la obra misma del poeta colombiano -de quien se sabe muy poco en la misma Colombia, aunque aparezca reseñado de paso en las clásicas obras de la historia de la literatura colombiana, como las de José María Vergara y Vergara y Antonio Gómez Restrepo. Sólo hasta el año 1989, con el Instituto Caro y Cuervo, se volverá a publicar el volumen completo de la obra del poeta santafereño.

En la escritura de Álvarez de Velasco se representa, muy laudatoria y poéticamente, la recepción de la obra de Sor Juana, en particular la recepción de los romances, las redondillas, los sonetos y la silva "Primero Sueño", haciendo de éstos la materia fundamental para su producción poética. Sentimos respirar tales textos a medida que el poeta habla en *Rhythmica sacra, moral y laudatoria*, publicado en España por primera y única vez en el año 1703, un año antes de su muerte, acaecida también en España; allí va dando cuenta de sus asombros frente a Sor Juana, y los sentimientos amorosos generados en la experiencia de conocimiento de la obra de la monja jerónima.

Los textos en homenaje a Sor Juana, que testimonian la emotividad suscitada por el conocimiento de tal obra, constan de una carta en prosa fechada desde Santa Fe, en octubre 6 de 1689 -Sor Juana murió en noviembre de 1695-; dos cartas laudatorias en verso, a manera de romance (la primera consta de 501 versos; la segunda, de 508); un romance "endecasílabo de esdrújulos", de 72 versos; una copla endecasílabo, con juego anagramático (Inés, Nise, Esín, Seni, en el centro y sobre la figura de una cruz); un soneto, cuya lectura, según las indicaciones del poeta, instaura una redondilla, además del soneto; una segunda copla, cuyo mensaje está distribuido en el laberinto de una cruz; dos coplas, de cuatro versos cada una, en homenaje al



segundo libro de Sor Juana; cuatro sonetos; un romance, de 83 versos; un texto en endechas endecasílabas, de 160 versos, y un texto en décimas de ocho estrofas.

La carta en prosa comienza con una actitud de humildad y de modestia, y luego muestra, muy subrepticamente, su conocimiento sobre la tradición grecolatina y sobre los autores vigentes en la metrópoli española, como Góngora y Quevedo, citados por Sor Juana. Desde tal humildad y modestia, nuestro poeta, como destinador de la carta, se no representa como un ignorante frente a ese Poeta-Dios que es Sor Juana, su destinataria; el destinador de la carta es un "necio", mientras que Sor Juana está colmada de "discreción"; el poeta Francisco Álvarez es una "impertinente chicharra" frente a ese "coro [de] maestros y dulces jilgueros" que han elogiado a Sor Juana. Luego de alusiones y de perli-

frasis, el emisor de la carta insinúa su deseo de ir hasta México y se atreve a confesar su gran amor.

La retórica de la exaltación amorosa está apoyada en la dicotomía entre lo bajo y lo alto: el destinador aparece en lo bajo, en las gradas de quien ora, mientras el destinatario aparece en lo alto, en el estrado de quien es adorado. Pero ésta es una estrategia retórica, un modo de persuadir y de llamar la atención a quien está dirigida la carta, porque si se le escribe a alguien que sabe tanto, esto es, si se busca establecer comunicación con aquél -o aquella- que tiene tanta información y que sabe disponerla para su circulación, es porque quien busca ese contacto, "algo" sabe; no sería de otro modo posible la comunicación epistolar: si el destinador no sabe nada de lo que ha dicho su destinataria, entonces de qué pueden hablar; él se atreve a escribirle, aunque se sienta "necio", porque sabe de qué habla y qué tanto ha leído la persona a quien le escribe. Su carta no puede dar la imagen de que quien escribe es un tonto, alguien totalmente desinformado. Al contrario, el discurso de la carta simula humildad e insinúa no estar tan lejos de aquello que su destinataria sabe. No en vano en la carta aparecen referencias a autores que son citados implícita o explícitamente en la obra de Sor Juana: San Jerónimo, Pitágoras, Platón, Apolonio, Tito Livio y San Agustín. Es por el diálogo con los saberes representados en la poesía de Sor Juana que el poeta inicia el proceso de enamoramiento; se trata, en efecto, de un enamoramiento intelectual; pero abre el camino hacia el amor propiamente erótico.

De cierto modo, habría pues una falsa modestia en el destinador, en una gama de fórmulas de cortesía necesarias para hacerse merecedor de una respuesta y, ¿por qué no?, de ese posible enamoramiento -hacia el final de la carta, el destinador manifiesta amarla y venerarla-. ¿Por qué se atreve a decirle que la ama, siendo ella monja y él tan puritano (como lo atestiguan sus biógrafos y, por supuesto, gran parte de su poesía), y por qué intentará hacer sentir ese amor, amor entre hombre y mujer, en las poéticas cartas laudatorias? Porque, no cabe duda, Francisco Álvarez, destinador epistolar, ha leído los poemas de amor, de celos y de desengaños pasionales,



escritos por Sor Juana, poemas que parecen haber despertado una pasión reprimida en el autor de la carta y que, como lo señala Pascual Buxó, intensifican los sentimientos narcisistas del poeta: si ella ha amado tanto como dice y reclama, yo también puedo amarla, y aun con más intensidad, y así como ella sabe tanto, yo también sé mucho.

La voz entramada entre los argumentos de quien envía la carta reclama la necesidad del encuentro físico, porque después de reconocerse en sus saberes y en sus inclinaciones, qué más hace falta sino encontrarse. Así, si el destinador invoca un amor platónico ("aquellos en quienes concibiéndose el amor en la razón es, más que de la voluntad, hijo del entendimiento"), aquella voz enmascarada, sólo reconocible en el tejido y combinatoria de los enunciados y sus intersticios, invocará por un amor íntegro, un amor en que se fusiona la inteligencia y el cuerpo de los amantes; entre esos enunciados nucleares de la carta cabe destacarse:

"[...] con ella y con el limitado mío, amo y venero a vuestra merced, y si a la honrosa vanidad que tuviera la de mi buen gusto en su correspondencia y letras, llegara a merecer embebida en ellas la gloria de muchos mandatos suyos, era todo cuanto a falta de su visita podía desear mi veneración..." (Pascual Buxó, p.163)

Amar y venerar no deja de tener una doble lectura: se ama y se venera a la virgen, pero se ama y se venera también a la mujer deseada, a quien está dirigido el "gusto", la atracción física; esos deseos enmascarados en las fórmulas de cortesía alcanzan su más plena realización en la espera de "muchos mandatos suyos" que serían como una "gloria" para el enamorado, y en el deseo de verla, conocerla directamente, "en carne y hueso", como lo dice en uno de sus versos.

Anota Pascual Buxó que "tanto para la tradición neoplatónica como para la del amor cortés, el amante se considera siempre inferior a la amada, por cuanto ella es la causa generadora del amor en el amante y, siéndolo, es -como decía Hebreo- receptora del servicio del amante." Asimismo, "en el lenguaje feudal del

amor cortés, el verbo servir hacía referencia a la supeditación del amante a la amada: si la señora acepta retener a su vasallo o siervo de amor, éste debe rendirle el homenaje de su fidelidad". (Pascual B.: pp.85, 86). De allí, pues, el deseo de ser mandado por ella; es una manera de ser reconocido y de sentir que la puerta ha sido abierta, cuestión que sólo se realizará en el universo fantasioso del poeta. Esto es lo que se irá acentuando en los poemas de Francisco Álvarez de Velasco dedicados a Sor Juana:

*"A vos divina Nise (¡mas que susto!)
tiritando la pluma entre los dedos,
toda anegada en miedos,
descolorido el gusto,
amarillo el papel, la tinta roja,
muerta la mano y viva la congoja
de pensar que es a Nise (¡oh que vergüenza!)
a quien quiere escribir un poeta raso."*

Son versos que nos muestran cómo el ejercicio de la escritura no es, en esencia, una actividad motora, ni es exclusivamente una experiencia de la mente, si bien ésta constituye su eje fundamental; la escritura pone en tensión tanto a la mente como al cuerpo.

En la dimensión afectiva de la escritura, el poeta se asusta, tiritando, siente miedo, el gusto se confunde, hay algo de vergüenza y de pena, y entonces la mano se paraliza. En la dimensión pragmática, ¿a quién le habla el poeta? Aparentemente a Nise (Inés), pero más directamente a la escritura misma, porque el enamorado precavido y cauteloso no busca un camino en línea recta, busca senderos; en los versos iniciales de este romance, Nise es un destinatario segundo porque el poeta se debate entre sus pensamientos confundidos y su posible materialización en la escritura. Al poeta le es difícil poner en funcionamiento la escritura, pero cuando lo logra hace de ella un juego; por eso, dirá después: "Yo hablo, río, quiero holgarme, / y amor tengo a este métrico ejercicio." El poeta se imagina a sí mismo como lector de su propia escritura.

cios de la razón o en los de la celda-habitación. El poeta la ve y observa sus reacciones -imaginario que prevalece en las cartas de los enamorados-; ella no lo ve mientras escribe, pero él la ve a través de su propia escritura: escribir es así la materialización de la conjunción con el objeto deseado, pero es también poner en actividad las tendencias voyeristas. Por eso, a medida que avanza la escritura, quiere hablarle sin susto, y cada vez más cerca; las palabras se le salen ("Musa mía..."), como si ella ya estuviera en el aquí-ahora.

El juego de Francisco Álvarez de Velasco es muy inteligente: si ella llegara a considerar a esta escritura como pobre y tonta, no importa que así lo considere porque, de todos modos, él mismo ya lo ha dicho con sinceridad; él quiere mostrarse como un "poeta raso", un poeta que todavía no entra en el Parnaso de Sor Juana, pero que aspira con vehemencia ser aceptado allí. De otro lado, como lo hemos dicho en otro momento, el poeta da los indicios necesarios para que su poesía no sea considerada como algo superficial. De todos modos, son estas preocupaciones lo que constituyen lo que él mismo llama ruidos. Así, se pregunta el poeta "¿Quién puede escribir bien con mucho ruido?" El ruido es pues esa acumulación de imágenes que antes y en el trayecto



de la escritura quieren ser nombradas, o quieren exteriorizarse a través del lenguaje. Frente a esos ruidos que dificultarían la escritura, el poeta se da ánimos:

*"¿Quería meterme en ruidos? ¡Bravo arresto!
 ¿Mas por qué no he de hacerlo? Y al instante.
 ¿Hay más para escribirla que invocarla?
 ¿Decir de corazón Inés no sobra;
 no hay virtud en su nombre y eficacia
 para que aun el más torpe hable con gracia?"*

Tal acercamiento imaginario, propiciado por la escritura, le hace sentir el deseo de una mujer cada vez más real, más visible, "una musa de carne, sangre y hueso, / que tenga lengua y hable!", que reconozca "las flaquezas de un poeta miserable" y pueda aliviarle "las pobreza" de su seso, lo que finalmente converge en la confesión:

*"A vos, pues, Musa mía... (¿qué necio tema!)
 Calla lengua blasfema.
 ¿A Nise llamas Musa?
 ¿Quién de la culpa de este error te excusa,
 cuando es en algún modo
 nombrarla así, más que alabanza, apodo?"*

SONETO

Ser Otro, Y ser Especial	especial y ser otro ser	tu libro, quando hallamos sin igual (duro aphorismo!) y el propio (raro abismo!) del ser, que en ti admiramos
En El segundo Se ve; Y así	se ve el segundo* en que	ra arithmetica juzgamos pero el mismo ser singular sin solecismo; da uno en dos si bien contamos.
No se Diga* Que el	diga y así no se sin igual	plurar* ni tal alguno como declare, segundo, quando es uno.
Primero Es Sin igual	es primero el	que el primero* y si este hallare que el otro* y oportuno, primero que encontrare.

Maqroll, el viajero en el mundo de Álvaro Mutis

HERNANDO MOTEATO

*"I believe in you my soul, the other I am must not
abase itself to you,
And you must not be abased to the other"*

Walt Whitman



Los grandes escritores en América Latina han creado un espacio y unos personajes con los cuales se identifican en el mundo literario. Así, cuando se habla de Santa María y el personaje Juntacadáveres deambulando por el mundo decadente de los astilleros, de inmediato se piensa en Juan Carlos Onetti; la infernal Comala de Pedro Páramo acompaña por siempre el hermetismo de Juan Rulfo; Riobaldo se une a Diadorim por el sertón y transitan en la memoria de los lectores de Guimarães Rosa; la Maga y los cronopios juegan del lado de acá y del lado de allá en la obra de Cortázar; el coronel Aureliano Buendía se suma al regimiento de los rebeldes en el Macondo de García Márquez y, por último, se adhieren a esta cofradía: Maqroll Mutis o Álvaro el Gaviero, quienes comparten los mismos gustos, evocan -al igual que Borges- la turgente Afrodita de oro, saborean una cervecita en Kingston y se prometen un nuevo encuentro en esta isla del Caribe, para ellos el lugar más hermoso para disfrutar del clima y del paisaje excepcionales; viajan por los mares y descansan en cualquier puerto, ya que ese ambiente es igual en todo el planeta, aunque en Buenaventura perciben una sensación de absoluta derrota y de torpeza general; respetan el mundo idílico de la monarquía y admiran al rey Luis XVIII; sienten ese terrible espanto premonitorio cuando en los mares ven el vaivén pesado y lento de un tramp steamer. Otro punto de convergencia es que han compartido durante mucho tiempo los mismos amigos. A uno de ellos, Alejandro Obregón, no lo habían visto desde hacía cinco o seis años, y lo encontraron cuando saboreaban un fino en el bar del hotel Wellington de Madrid. Hasta aquí llega el dúo autor y personaje.

En la última novela de Álvaro Mutis: *Tríptico de mar y tierra* (1993) queda en suspenso el destino de Maqroll. Este personaje como un moderno Quijote así lo define Mario Rey en la biografía literaria de Mutis: recobra la cordura e inicia una empresa más sensata: cuidar y educar al hijo de su entrañable amigo y compañero de peligros: Abdul Bashur.

Si el lector repasa todo el periplo de andanzas y locas empresas de Maqroll, percibe la sensación o la idea de que este personaje recorre en una nueva época las mismas aventuras del mundo dantesco, atraviesa el tiempo y la distancia, y se contagia de la locura del personaje de Cervantes. Con base en esto último, se puede plantear una clave para desentrañar o, mejor, para penetrar al mundo literario y poético de Álvaro Mutis. Lo anterior es una sencilla o simple propuesta para acompañar en las correrías a Maqroll El Gaviero.

Una lectura atenta y sigilosa de la obra poética de Álvaro Mutis plantea el descenso y ascenso del alma aventurera de Maqroll. Es una caída órfica en donde su personaje no ve los demonios como en la antigua mitología, sino el universo de la desesperanza, el horror de la violencia, el abandono y la podredumbre de un mundo degradado; en éste visita los prostibulos, convive con la muerte, sacia sus apetitos e intenta levantarse para emprender un nuevo rumbo. Maqroll nos recuerda *La divina comedia* y como tal se entrega a ese descenso por los parajes insondables de la cordillera, atisba el peligro en una aldea abandonada, pernocta en un hotel de mala muerte y comparte allí su soledad con una mesera. Mutis en el poema "Una palabra", entrega el hilo conductor para perseguir por el mundo a Maqroll. Dice:

Cuando de repente en la mitad de la vida llega una palabra jamás
antes pronunciada,
una densa marea nos recoge en sus brazos y comienza el largo
viaje entre la magia recién iniciada,
que se levanta como un grito en un inmenso hangar abandonado
donde el musgo cobija las paredes,
entre el óxido de olvidadas criaturas que habitan un mundo en
ruínas, una palabra basta,
una palabra y se inicia la danza pausada que nos lleva por entre
un espeso polvo de ciudades.

Mutis, 1993; 37



La palabra jamás antes pronunciada invita a esa danza dantesca para transitar por los lugares frecuentados por los adoradores del cedro balsámico, oír las voces angustiadas que comentan el paso de los cadáveres, penetrar en la amargura en donde las mujeres se alzan los vestidos para gemir con su sexo desnudo y luego emprender un viaje incierto en ese tren que nos hace recordar el cuento "El guardavías" de Dickens. El viaje al lado del Maqroll enseña todas las flaquezas y debilidades de un tiempo; él, desde la gavia, vislumbra la marea del malestar en cualquier lugar del mundo. De ahí que sea un personaje tan inespacial; los vaivenes y su peregrinar lo llevan de Helsinki a Barcelona, luego lo trastea de Cartagena a Pernambuco, aparece enfermo y abandonado en un infecto motel de Los Angeles o a punto de morir en un planchón en la región de la Plata.

Desde Arturo Cova en *La vorágine* (1924) la literatura en Colombia no había perfilado un personaje con las dimensiones poético-literarias de Maqroll. Ambos guardan estrechas semejanzas, pues viven los mismos peligros de la selva, emprenden miríficas empresas con el atisbo de una mala jugada, y guardan en su memoria enamorada a la mujer que los espera en un rancho o a la vera del camino: Flor Estévez-Alicia, dúo idealizado por el espíritu del hombre aventurero como metáfora de la incertidumbre de una nación que despierta aletargada al nuevo siglo o en el desasosiego del mundo moderno. De ahí que lo

más preciso para cerrar este ciclo dantesco en la poesía de Álvaro Mutis sea el siguiente fragmento:

Con el nombre de Hospitales de Ultramar cubría el Gaviero una amplia teoría de males, angustias, días en blanco en espera de nada, vergüenzas de la carne, faltas de amistad, deudas nunca pagadas, semanas de hospital en tierras desconocidas curando los efectos de largas navegaciones por aguas empozoñadas y climas malignos, fiebres de la infancia, en fin, todos esos pasos que da el hombre usándose para la muerte, gastando sus fuerzas y bienes para llegar a la tumba y terminar encogido en la ojera de su propio desperdicio. Esos eran para él sus Hospitales de Ultramar.

Mutis, 1981; 94

En 1959, la revista *Mito* publica como separata el libro *Reseña de los hospitales de Ultramar*. Una obra en donde se borran los linderos entre la poesía y el cuento y, además, prepara el ciclo del Gaviero por los senderos de la novela. Es un libro extraño para la Colombia adocenada en los latinajos del "ventrípotente agrómena de jipa" de la colonial Popayán.

Pero no sólo la poesía de ese libro contrasta con la bardolatría de aquel entonces, sino que encierra en la metáfora exigente todo el malestar de una época. Son las fiebres de la infancia, los climas malignos y las aguas empozoñadas de la violencia. En la fría Bogotá los áulicos sangrientos aúllan. Son los seguidores de ese lobo inmortalizado por Pablo Neruda en un poema de *Canto general*. En él, Antonino Bernales baja con los brazos abiertos por el río Magdalena; las aguas lo entregan al mar mientras en la capital arde la fogata de los odios. Es la enfermedad de la época en una cultura de bobitos. Es una forma de entender la simbología de Maqroll en la complejidad de los hospitales: anunciar el apocalipsis de una sociedad que se levanta con la urgencia de crecer. "La oración de Maqroll" teje en ciernes ese mundo de descomposición.

¡Oh Señor! recibe las preces de este avizor suplicante y concédele la gracia de morir envuelto en el polvo de las ciudades, recostado en las gradierías de una casa infame e iluminado por las estrellas del firmamento.

Mutis, 1981; 32

El descenso del Gaviero al mundo de la desesperanza o de lo órfico señala una etapa en la actividad litera-

ria de Álvaro Mutis, como también anuncia una nueva actitud del personaje Maqroll en el universo narrativo. Es decir, en el ambiente de la poesía hay clima de incertidumbre y de violencia; luego el personaje trasmuta su visión del mundo y se embarca en empresas quijotescas. Se plantean dos aspectos en la creación literaria del autor colombiano: en el primero aparece el espíritu dantesco vagando por lo infernal, y en el segundo momento se encuentran los dos personajes, arquetipos de la sinrazón del mundo moderno. Maqroll y Abdul Bashur o en la remembranza del siglo de oro: El Quijote y Sancho Panza.

Maqroll-Quijote cabalga por caminos y senderos de la impenetrable cordillera, navega por ríos y mares en busca de aliento para su espíritu aventurero. Maqroll no enloquece por leer libros de caballería; no obstante, sus aventuras empresariales son dignas de un personaje que ha perdido la razón. Es preciso ver la primera novela que abre el ciclo narrativo de Mutis: se trata de un manuscrito hallado en una librería de viejo en el barrio Gótico de Barcelona; un Diario en donde el Gaviero narra desventuras, recuerdos, sueños y fantasías mientras asciende en una vieja embarcación por el río Xurandó. Es un viaje de la sinrazón; Maqroll es consciente del infortunio; sin embargo, lo mueve el destino incierto de la errancia. Este Quijote del siglo XX no persigue desfacer entuertos ni socorrer a los desvalidos, sino moverse contra la corriente. Dice Maqroll: "Todo esto es absurdo y nunca acabaré de saber por qué razón me embarqué en esta empresa. Siempre ocurre lo mismo al comienzo de los viajes. Después llega la indiferencia bienhechora que todo lo subsana. La espero con ansiedad" (Mutis, 1986; 19). El Quijote cabalga por el mundo de la locura; Maqroll viaja por el absurdo del destino, de antemano conoce el final de la aventura o sea el desencanto; no obstante, avanza por esos mares y caminos indescifrables.

Si la explotación de la madera resulta un descalabro, la segunda empresa no se aparta de esa óptica. Nuestro moderno personaje Maqroll-Quijote fracasa, pero tiene la fantasía suficiente para iniciar una nueva expedición; entonces, de nuevo encuentra un viejo barco y un lejano amigo: Wito; esta vez en New Orleans, y desde allí se embarca para transportar madera de Campeche a Houston, y un cargamento de copra de la isla de San Andrés a Recife. Como siempre, son viajes a mitad de camino o aventuras fallidas; en ellos, nuestro personaje

incursiona en una empresa no muy santa: un cargamento de armas y explosivos con destino a un cercano puerto marítimo de Haifa.

Con *Ilona llega con la lluvia* (1987) el lector recuerda la presencia de Joseph Conrad- no como una simple referencia literaria- en la apropiación de unos mecanismos que funcionan en el inconsciente y afloran sin el propósito del escritor. También se suman las experiencias- para nadie es un secreto que Mutis conoce el mundo marítimo, la sicología de los hombres del mar, sus costumbres, y es un firme creyente de la desesperanza, tal como afirma en la entrevista realizada por Eduardo García Aguilar (*Celebraciones y otros fantasmas*, 1993)-. El viaje es una de las obsesiones que lo ha perseguido desde las primeras líneas en *La creciente*, el más antiguo texto publicado.

Pues bien, en esta evocación conradiana vale la pena mencionar *La línea de la sombra* (1991) en donde la conversación del capitán Giles le permite una reflexión sobre el destino del hombre cuando expresa: "*Y todavía hay más: es preciso que un hombre luche contra la mala suerte, contra sus errores, su conciencia y otras zarandajas por el estilo. Si no, ¿contra qué lucharía uno?*" (Conrad, 1991; 171). En esta encrucijada aparece Maqroll cuando viaja con Wito. Su amigo no tiene dinero y atribulado por las deudas y por el abandono de su hija decide suicidarse con un tiro en la cabeza. Maqroll ha perdido su punto de apoyo y decide quedarse en Panamá. Allí lucha contra la mala suerte y cuando parece que ésta lo vencería -pues su estado es tan calamitoso que es preciso recordar aquel personaje de Knut Hamsun en la novela *Hambre*- aparece providencialmente Ilona. Ese encuentro valida una nueva empresa o, mejor, otro error.

En *Ilona llega con la lluvia* vive el submundo de la prostitución como una nueva expresión de su errancia. "Para qué el dinero", es la constante en ese peregrinar, mejor la locura, el perpetuo vagabundeo y el aprendizaje que deriva de la experiencia y el conocimiento del mundo. Es claro que con el prostíbulo fracasa, pero en la derrota está la clave para comprender el mundo alucinante de Maqroll. Quien tiene la experiencia del error se arroga el derecho de enseñar o dirigir. Tal parece que Mutis moldea a su personaje en una educación sentimental para luego dejarlo con la responsabilidad de Mijail, el hijo de Bashur.



Otro aspecto interesante de la novela es el modo como la poesía impregna las formas de sentir y actuar de los personajes. Maqroll elabora una reflexión, ya al final de la novela, sobre el sentido de la muerte; y con ella se afirma una vez más que la obra de Mutis es un sólo libro en donde la poesía es el soporte de su narrativa. Pero tal afirmación requiere la palabra conjugada en los ámbitos del recuerdo, la muerte, el dolor y la ausencia. Maqroll, en un monólogo precioso, dice:

Ilona, muchacha, qué golpe rastroero contra lo mejor de la vida. Empezaron a desfilar los recuerdos. Con los ojos secos, sin el consuelo del llanto, transcurrieron largas horas en este último intento de mantener, intactas por un momento todavía, esas imágenes del pasado que la muerte comenzaba a devorar para siempre. Porque la muerte, lo que suprime no es a los seres cercanos y que son nuestra vida misma. Lo que la muerte se lleva para siempre es su recuerdo, la imagen que se va borrando, diluyendo, hasta perderse y es entonces cuando empezamos nosotros a morir también.

Mutis, 1987; 108

La muerte de Ilona supone una prueba: el encuentro con Abdul Bashur. ¿Qué queda de la mujer tantas veces amada? Un dolor sordo y compartido. Pero hay algo más en la obra del autor colombiano, y es que ya ha trazado los indicios de una obra abierta y nos invita a

repasar la incandescencia del espacio que Durrell nos presenta en *El cuarteto de Alejandría*. El lector percibe, en el ciclo deslumbrante del Gaviero, la imposibilidad de un toque final a su personaje. Este se impone de una manera tan obsesiva que sus crónicas de errancia nos conducen hacia una irresistible soledad y al desasosiego de la vida, como si uno penetrara al mundo del poeta portugués Fernando Pessoa.

Sigamos las huellas de Maqroll, y con él visitemos ese pueblo abandonado a orillas del río en la región de la Plata. Allí vive en la penuria. El destino lo persigue y le traza un encuentro con un personaje de oscura procedencia. La supuesta amistad con Van Branden lo encamina, primero, a conocer a Amparo María y vivir un apasionado amorío, entre matas de café y mañanitas soleadas, atisbando el horizonte colmado de neblina; luego, a iniciar la persistente aventura hacia un negocio desconocido; como un Prometeo del siglo XX condenado a los sufrimientos de la incertidumbre.

Hasta el momento, Abdul Bashur no ha hecho presencia para salvarlo de tanta calamidad, de tanta empresa aventurera; sólo aparece en el recuerdo de esa perenne amistad o en los momentos más oportunos para liquidar una deuda contraída en sus ataques de desvarío. Así hallamos a Maqroll camino a la cuchilla del Tambo con un cargamento de armas. De repente, reflexiona el por qué de su magnífica tragedia, por qué siempre debe encontrarse el diablo en medio del remolino y que sea únicamente Maqroll el perdedor.

Pero vino a caer en esa ciega inclinación, tan propia de su carácter, de aceptar y embarcarse siempre en empresas que descansaban en el aire, justificadas con palabras, zalamerías unas veces, altanerías otras. Empresas en las cuales acababa pagando, sin remedio, los platos rotos. La que le propuso Van Branden se ajustaba sospechosamente al modelo ya familiar.

Mutis, 1989; 23

Se trata de otro episodio de su existencia quijotesca, como de ahí en adelante lo serán las otras novelas: *La última escala del tramp steamer* (1989), *Amirbar* (1990), *Abdul Bashur, soñador de navíos* (1991) y *Tríptico de mar y tierra* (1993). En estas últimas obras se acentúan las parejas Maqroll-Quijote y Bashur-Sancho. Cada uno con ideales diferentes. El primero jugando la vida a la bartola, mientras Bashur, con un es-

píritu más pragmático, piensa que las oportunidades que le da la vida deben aprovecharse al máximo. Esta dualidad nos remite a un encuentro entre dos culturas y en ellas cada uno vive las tinieblas del otro y descien-de a lo más hondo de los enigmas que ofrece el azar.

De esta manera, Álvaro Mutis nos plantea el problema de la imagen poética esculpida con la dignidad de la palabra y tallada en los lugares comunes del espíritu. Maqroll penetra en las profundidades infernales y nos muestra cada uno de los escalones de nuestra existencia. La poesía de Mutis capta la exuberancia de lo sordido en la resonancia de selvas, mares, ríos, oscuros hospitales, hoteles ruinosos y hombres de extraña y ajena condición -viene a la memoria Baudelaire- y conduce al lector a valorar la condición esencial de las palabras.

Por último, la poesía y la narrativa de Mutis constituyen un tejido sinuoso de imágenes en donde todo pertenece al reino del ser dibujado en la experiencia de la palabra y de la vida. Poesía y novela son la espiral del destino del hombre, y por eso son difíciles de invertir o separar. El conjunto de su obra nos conduce al laberinto de nuestra propia odisea de existir. Para terminar este viaje con Maqroll por el mundo de su autor, nada mejor que esta frase final, que cierra *Tríptico de mar y tierra*: "*La piedad de los dioses, si existe, es para nosotros indescifrable o nos llega con el último aliento de vida. Nada se puede hacer para librarnos de su arbitraria tutela*"

Hernando Motato, Cali, Colombia, (1993).
Reside en México.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar García, Eduardo
1993. *Celebraciones y otros fantasmas. Una biografía intelectual de Álvaro Mutis*. Bogotá, Tercer Mundo editores.
Conrad, Joseph
1991. *La línea de la sombra*. Bogotá, Editorial Norma.
Mutis, Álvaro.
1986. *La nieve del almirante*. Madrid, Alianza.
1987. *Ilona llega con la lluvia*. Bogotá, Oveja Negra.
1989. *Un bel morir*. Bogotá, Oveja Negra.
1989. *La última escala del tramp steamer*. Bogotá, Arango editores.
1990. *Amirbar*. Bogotá, Editorial Norma.
1991. *Abdul Bashur, soñador de navíos*. Bogotá, Editorial Norma.
1993. *Tríptico de mar y tierra*. Bogotá, Editorial Norma.
1993. *Obra poética*. Bogotá, Arango editores.

Huellas mexicanas

*Jabelillana Pakaliaé
el berebem candumba
está acuitado
pues los sones se serenán
y sus oídos
necesitan embriagarse
para escapar del olvido
los fantasmas sobrevuelan
y su casa está vacía
el último visitante
que abrió su corazón
se fue con la mirada
perdida para siempre.*

*El se sienta
sobre plumas
para que los colores
de la tarde
enciendan los pliegues
de su piel azul
y descifra
en las nubes
las señales del tiempo.*

Alba Lucía Tamaro, Tulud, Colombia, 1953.



La lectura como **testimonio**

(Como el halcón peregrino, R.H. Moreno-Durán, Aguilar, 1995)

JOSÉ MARÍA ESPINOSA

Poner por escrito la experiencia de la lectura se ha vuelto una práctica común en el terreno poco definido, pero sin embargo evidente, que llamamos modernidad. Se ha desarrollado incluso una subespecie del ensayo en distintas modalidades: el cuaderno de lectura, los apuntes, las memorias literarias, y -por otro lado- libros periodísticos dictados por la coyuntura (reportajes, entrevistas, incluso trabajos monográficos).



Más allá del nivel cualitativo que puedan alcanzar estos textos, cuando se deben a la pluma de un buen escritor tienen siempre interés, y es que preguntarse sobre la época y circunstancias en que vive un escritor es una manera indirecta de preguntarse qué leía. Uno de los pasajes más emocionantes de *Las trampas de la fe* es cuando Octavio Paz intenta reconstruir la biblioteca de Sor Juana, a partir tanto de las referencias implícitas y explícitas en los textos como en la iconografía de la monja novohispana. Emocionante pasaje en el que el ensayo de investigación se da la mano con la imaginación creadora.

¿Qué mejor descripción del carácter de un escritor que sus lecturas? Por eso el escritor moderno deja el mismo su índice o su inventario, y esa literatura que algunos creen subsidiaria ha dado títulos a los que ya no se puede ni se debe renunciar, a pesar de que lo orillen a un "auto de fe" (a la Canetti) que la babel de la letra impresa contemporánea pide ya como saludable exorcismo.

No se trata aquí de repasar con detenimiento la tradición del escritor/lector, que en México y en Latinoamérica tiene ejemplos tan sobresalientes como el de Alfonso Reyes, sino situar la aparición de un notable título de esa familia, *Como el halcón peregrino* de R.H. Moreno-Durán. Si es fácil establecer la progenie de este vuelo biobibliográfico resulta más difícil definirlo tal cual es: tiene algo (mucho) de ensayo literario, pero también de páginas de una autobiografía intelectual, utiliza la entrevista periodística y el retrato. Un elemento clave es el conocimiento personal de los autores, que condiciona no sólo la forma de cada texto sino el conjunto, tan distante como se pueda -pero sin dejar de coquetear con ello- de la instauración de un olimpo de las letras hispanoamericanas.

Moreno-Durán es consciente de ese azar de la biografía que le da identidad a su libro y le fija límites. La invocación en las páginas preliminares de Saint-Beuve y su confesada imposibilidad de juzgar una obra separada del juicio que le merece su autor dan fe de que sabe lo que hace.

Nuestra esquizofrénica época entroniza por un lado al autor como figura -por eso el éxito editorial de las biografías, autobiografías, epistolarios, memorias y todo género de "escrituras del yo"-, pero por otro sabe y subraya que lo que importa es la obra, liberada en lo posible de las concomitancias con una persona, casi siempre en función del personaje que llamamos escritor. La ensayista Susan Sontag señaló, a propósito de Walter Benjamin, que no es la vida la que sirve para entender a la obra sino la obra para entender la vida. Moreno-Durán pudo haber puesto esto como divisa del vuelo de su halcón.

Hay que situar al libro y al autor en el contexto de esa "vida literaria" que tantos y tan despreciativos ataques recibe, y que ahora tiene en este libro un justo elogio. Pero no es necesario ir muy atrás, basta situarse en los años sesenta -los del surgimiento del *boom*- en los que se contó con varios libros que hicieron converger lo periodístico con la investigación, el ensayo con la crónica y la página biográfica: muchos de ellos siguen siendo lecturas necesarias hoy, más allá de sus postulados didácticos o informativos ya cumplidos. Basta recordar *Los nuestros* de Luis Harss, *Historia personal del Boom* de José Donoso o *Protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX* de Emmanuel Carballo, entre otros.

Prácticamente todos los escritores del *Boom* han escrito textos autobiográficos (Fuentes, Vargas Llosa) o han practicado el género ensayístico mezclado con el reportaje. El tiempo ha pasado y permitió que las aguas se aquietaran (aunque nunca, afortunadamente, regresaron a su nivel anterior), se establecieron zonas de silencio, diferencias, distancias; las rencillas, tanto ideológicas como personales, separaron a un grupo que entonces parecía muy compacto y hoy se ve más como un fenómeno publicitario. Las taxonomías echaron a andar su maquinaria: había unos ancestros del *Boom*



-Cortázar, Carpentier, Asturias, Onetti, Borges, Arguedas, el inclasificable Rulfo- y hubo una segunda generación -Manuel Puig, Severo Sarduy, Guillermo Cabrera Infante, Sergio Pitol-, que se sumó marcándole un límite a la plana mayor: Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, José Donoso, Jorge Edwards. La lista no pretende ser exhaustiva ni canónica, pero toda taxonomía sí lo pretende, lo que no puede clasificar lo elimina. Por eso, libros como éste reivindican la complejidad del asunto y pretenden rescatar el hoy de esa zona de desastre al que lo confina el olvido del mañana.

Esas mismas taxonomías, sin embargo, permiten ordenar el trayecto. No sería por lo tanto difícil pensar en Moreno-Durán como el primero de una tercera generación del *Boom*, y es la persona ideal para establecer no un corte de caja -eso es para los cuentachiles- sino un festivo homenaje a sus antecesores, a la vez que les dice adiós con un pañuelo blanco inmaculado. El vuelo del halcón no presume de sus garras, sino de la amplitud de su mirada, del trazo de su vuelo, no busca polemizar ni excomulgar o condenar, sabe que es la admiración lo que construye un país literario.

ALGUNOS RASGOS

Rafael Humberto Moreno-Durán (después R.H.) nace en 1946 en Colombia y publica su primera novela treinta años más tarde en la Barcelona del postfranquismo y el destape, cuyos protagonistas fueron aquella *Infame turba* bien retratada por Federico Campbell. Salió de su país natal a principios de los años setenta, justo en el

momento en que su país y su generación se sumían en una profunda crisis de la que, un cuarto de siglo después, no se ha salido. Y se fue a la ciudad condal, capital literaria del *Boom*, más magnética en ese momento que el París mitológico de los escritores anteriores.

Conoce los fastos del *Boom*, pero también sus problemas, se empapa de las entretelas de esa "vida literaria" y del mercado editorial. Sobre todo hace amigos. Rápidamente entra en la batalla, trabajando y colaborando en las revistas de la época, algunas ya célebres, como *Camp de l'arpa*, *El viejo topo* y *Quimera* (de la que fue jefe de redacción un tiempo, y años más tarde, ya de regreso en Colombia, director de la edición latinoamericana de la misma publicación). Sus rigurosas lecturas y su inteligencia ensayística fueron engordando un libro, *De la barbarie a la imaginación*, en sus sucesivas ediciones, contraparte en tercera persona de la primera de *Como el halcón peregrino*.

El ávido ensayista y el inquisitivo entrevistador de la época fueron haciéndole lugar al denso narrador de *Fémina Suite*, trilogía formada por *Juego de damas* (1977), *El toque de Diana* (1981) y *Finale capriccioso con Madonna* (1983). Su producción narrativa fue constante pero no apresurada, fiel a su primer impulso y sin embargo cambiante. Su vocación ensayística daría en 1989 otro texto singular, *Taberna in fábula* (sobre los escritores alemanes de principio de siglo), buena medida de su talento.

La continuidad de su oficio y vocación lo lleva, en su regreso a Colombia en 1985, a hacerse cargo de la edición latinoamericana de la revista *Quimera*, con mucho mejor resultado que el intento que se hizo en México, y a ligarse a tareas de difusión literaria en la prensa y en los medios audiovisuales, hasta llegar a la serie *Palabra mayor*, que reúne a los escritores latinoamericanos más representativos y que será la puesta en marcha de lo que derivará en *Como el halcón peregrino*.

Evidentemente la taxonomía se justifica en la edad o en las fechas de publicación de sus libros, pero el concepto de generación literaria acaba siendo un promedio que en realidad no corresponde a nadie en particular y hace de esa misma vaguedad su única posibilidad de dar en el blanco. A esa generación surgida en los setenta la define ante todo una actitud: están después del *Boom*.

Escritores como José Agustín, Federico Campbell, Ricardo Piglia, José Balza, Esther Seligson, Hernán Lara Zavala, Hugo Hiriart, Ednodio Quintero, Eduardo García Aguilar, Reinaldo Arenas, con todas sus dife-



rencias de contexto y estilo (no es lo mismo la Barcelona postfranquista que el Buenos Aires de la dictadura o el DF del después del 68 o la Cali de la rumba y el narcotráfico, tampoco las búsquedas de la Onda o de los transplatinos) tienen un aire de familia, su situación histórico-literaria significa enormes ventajas y no menos enormes dificultades. Ya no tienen que conquistar Europa ni afirmar su cosmopolitismo mientras describen escenarios regionales y disfrazan sus pases mágicos.

Como no se establece (generacionalmente hablando) un canon nominativo, tampoco es necesario andar defendiendo el protagonismo propio atacando los de otros, hay menos necesidad de dejar testimonio de lo que "realmente" pasó. Mejor un texto que testifique pero no acuse, que consiga liberarse de todo lo que tiene en contra: la pedantería de "los hombres notables", la dificultad de compaginar unos autores con otros, de tejer la ligereza anecdótica con la precisión en los juicios, evitar la redundancia o la frivolidad: *Como el halcón peregrino*. Moreno-Durán sabe sacar provecho de ese después para crear la novela de una época en la galería de sus personajes. Leído de principio a fin, o in-

tercalando según el humor de quien hojea el libro resulta "admirable ejercicio de admiración" (a la Cioran), catálogo razonado de los gustos de un lector con nombre y apellido, pero también de una época que no quiere tener nostalgia ni repartir incienso.

GÉNESIS DEL LIBRO

¿En qué momento el trabajo de lectura de muchos años y el conocimiento personal y la amistad con algunos escritores se decantaron en la idea de este libro? El mismo Moreno Durán señala que se trata en parte de un libro de memorias literarias, pero pese a ello no deja de sorprender la unidad de estilo y la diversidad de personajes, cada texto tiene una estructura similar, se recuerda cómo, y cuándo, y en dónde se conoció a tal persona, se mezclan juicios sagaces con anécdotas y declaraciones, se nos presenta al autor y a la obra en un mismo encuadre.

Muchos de los contactos personales se han dado en encuentros y coloquios, otros se han dado en el trabajo que Moreno-Durán ha desarrollado como crítico, ensayista y editor, y todavía otros (la base de algunos de los retratos) en su trabajo para la televisión. La unidad que da el azar de la itinerancia impide al libro presentarse como la formulación de un olimpo excluyente pero tampoco se pretende enciclopedia exhaustiva de las últimas décadas: hay grandes escritores a los que Moreno-Durán no conoció -él mismo señala los casos de Carpentier y Cortázar, pero hay otros también que seguramente conoció y no incluyó en el vuelo.

Es natural y pronunciada la tendencia narrativa del libro, al menos en dos sentidos: cada retrato es un relato, y por otro lado son muchos más los narradores que los poetas o ensayistas: Onetti y Rulfo, Vargas Llosa y Donoso, García Márquez y Cela, en cambio Paz y... ni Sábines, ni Gonzalo Rojas, ni Eliseo Diego, ni Gil de Biedma, ni Guillermo Sucre...

Hay azares que acaban reducidos a inevitables porcentajes. Pero ese azar del conocimiento personal se resuelve en un libro escrito en presente, como muestra su brillante tono periodístico y su clima de conversación. Y ese presente sigue siendo narrativo, aunque no lo sea ya de una manera tan rotunda como lo formulaba José Donoso en su *Historia personal del Boom*.

Una estructura geográfica-alfabética lo libera de la necesidad de establecer jerarquías y le da un orden transparente, a la vez los autores "obligados" se matizan con los heterodoxos, casi a tiro por viaje en cada país: Uslar Pietri y Balza, Celá y Savater, Fuentes y García Ponce,

García Márquez y Charry Lara. El autor muestra un apetito insaciable como lector, y no cae en cambio en ningún vicio antropófago (es difícil encontrar un libro tan respetuoso del oficio de escribir ejercido por otros), usa la gracia y la picardía cuando debe, y se calla cuando siente que entra al terreno siempre resbaladizo del chisme y la maledicencia.

Resultan notables el rigor y la disciplina: ese libro no podía estarse escribiendo por años, se habría devorado a sí mismo y vuelto viejo en un cajón del escritorio, se trata de un texto que le devuelve a la palabra actualidad su derecho de voz, con un periodismo que no se vuelve material de archivo.

CODA PERSONAL

Cuando conocí a RH en la ciudad de México, él venía de asistir a uno de esos encuentros de escritores que tan bien describe en su libro, en Morelia, Michoacán. Nos reunimos Ana María Jaramillo, Eduardo García Aguilar, Ednodio Quintero y quien esto escribe en la cafetería de su hotel. A partir de ese momento una amistad a distancia, salpicada por los encuentros en diversos lugares, se fue fortaleciendo. En La Jornada Semanal se publicaron algunos de los ensayos que formarían después *Como el halcón peregrino*. Siempre me sorprendía la combinación de dinamismo periodístico con profundidad crítica, tan lejana de la intrascendencia y torpeza de muchos de los trabajos que llamamos prensa cultural, pero su contigüidad en libro me ha vuelto a sorprender. Al revivir momentos signados por lo aleatorio, y reconstruidos por la imaginación, consigue además un elemento extra: la verosimilitud y la fidelidad con el instante. A pesar de que se trata de un libro bastante grande, deja con hambre de más de esas páginas que anuncia en futuros volúmenes de sus memorias literarias.

José María Espinosa, México, D.F. (1957).



La carroza de piedra

*Por algún sinuoso sendero de la memoria
ha regresado a esta noche
la enorme piedra negra
que para los días de la infancia fue carroza*

*Como si una droga temeraria
me guiara hasta el ensueño
he vuelto a verme sentado
con mi amigo en el pescante
fustigado con varas de bambú
a los temblorosos caballos
hundidos en el fango
y los venerables líquenes
se han convertido en joyas
apetecibles para los villanos
por su maciza heráldica de plata*

*Otra vez
al ver nuestro oscuro carruaje
varado entre la hierba
he dirigido con mi amigo
la mirada hacia lo alto
y hemos visitado de nuevo
como en la ilusoria
huida de aquel tiempo
por entre el variable
paisaje de las nubes
las azules y olvidadas
comarcas del cielo*

Fernando Herrera Gómez, Medellín, Colombia, (1963).



Entrevista a



Santiago Rebolledo

MARIO REY

(Transcripción: Yasmine Picón)

Mario: "La Casa Grande" pretende establecer puentes entre artistas, investigadores, deportistas, empresarios, comerciantes, en general, los colombianos en el exterior, sus amigos, su entorno, Colombia y el país donde viven.

Una de las cosas que nos interesa conocer acerca de los personajes de esa gran diáspora es por qué salieron del país, cuándo salieron, cómo, por qué, cómo viven y trabajan, cómo los han recibido, cómo se sienten, cuál es su nivel de integración al país anfitrión, y cuál su relación con el lugar de origen.

EL MURALISMO Y
EL VIAJE A
MÉXICO

SANTIAGO REBOLLEDO: Te voy a decir la verdad: A mí, en 1974, me dieron un mural en el Banco de Bogotá, sucursal del Castillo. Jamás había hecho murales, y sin embargo firmé y dije: "Ahí va". David Manzur me ayudó mucho, tenía una técnica muy padre, y cuando acabé el mural, me quedé con ganas. Yo sabía que en México estaban Siqueiros, Orozco y Rivera, pero no conocía a nadie. Fue por el mural que dije: "Bueno, me voy a venir a México y ya". Así llegué y me quedé. Estudié pintura mural con el Maestro Carmona; conocí a Luis Arenal, que estudiaba a Siqueiros, y a la esposa de Siqueiros, y trabajé en el taller del Maestro. Y me fui quedando en México. No es que quisiera salir de Colombia; la intención era estudiar el mural, pero me quedé aquí, luego estudié litografía...

Ahora, aquí aprendí la técnica del fresco; pero nunca hice murales en la escuela; nadie me pidió ningún mural. Formamos un grupo con el que trabajábamos en la calle: "SUMA"; hacíamos pintura sobre muros, pero era cualquier pintura... luego la borraban las autoridades, o lo que fueran. Pero el mural que más me gusta fue el primero que hice en Bogotá, y fue David Manzur quien me dio la técnica. Digo cómo se llama, pero no la técnica: fresco al seco.

El fresco viene de los italianos, desde mucho antes, ¿no? Lo que pasa es que cuando tú trabajas el fresco tienes que preparar un pedazo de pared y trabajarlo ese mismo día, porque si se seca, luego ya no absorbe. El fresco al seco puedes trabajarlo hoy, mañana... entonces te da más tiempo, y te queda el color seco, no te queda brillante. Casi igual que un mural.

LOS PINTORES,
MAESTROS Y
AMIGOS, Y SU
INFLUENCIA

El pintor que yo más quiero en México, como maestro y como persona, es Gilberto Aceves Navarro; me acuerdo que un día, en casa de Gabriel Macotela, un gran amigo mío, en una fiesta, le dije: "Tú eres mi papá mexicano". Y bueno, Gilberto me enseñó muchas cosas; creo que los dos pintores que más han influido en mí -aparte de mi padre que era pintor-, fueron David Manzur en Colombia y Gilberto Aceves en México. Aparte de amigos como Diego Mazuera, colombiano; Gabriel Macotela, mexicano -todos de mi generación-, Antonio Caro, colombiano... Ahí mismo, en la escuela, encuentras gente de tu generación de la cual aprendes mucho; algunos aprenden de uno.

En México -quiero hacer un paréntesis- donde tú escarbes, si lo haces aquí, en el piso, encuentras ruinas; México tiene una cultura increíble. Ahora, cosas que me hayan impresionado: Palenque, por ejemplo. A mí siempre la arqueología me ha encantado; El Tajín, que son unas pirámides que quedan en Veracruz y al igual que cualquier pirámide como Teotihuacán, Chichén Itzá o Uxmal, tienen escaleras preciosas; pero en El Tajín cada escalón está hecho de figuras, de caras, de rostros. Bueno, Tajín me sorprendió, Chichén Itzá también, Palenque... ¿Sabes? de las cosas que más me han impresionado es haber estado con los indios Lacandones y haber convivido en dos oportunidades con ellos, en Chiapas.

Yo fui de paso, estaba de estudiante y me metí a la selva. Me recibieron, pero cuando llegué, me dijeron: "Bueno, ¿qué vienes a hacer? Yo estaba trabajando dibujo en hojas de la selva, y se me ocurrió decir: "Quiero enseñarle a los niños cómo dibujar sobre la propia naturaleza". Y se reunieron ellos, a mí me dejaron por fuera, y luego de media hora salió un lacandón, que son muy parecidos a los arhuacos en sus mantas y el pelo largo, y me dijeron: "Aceptamos". Pero te miran hasta adentro, y me llevaron hasta una cabaña y me dijeron: "Quédate ahí." Son de las vainas que más me han impactado.

Trabajar con los niños es muy rico, pero eran insoportables; en el sentido de que eran muy vivos, juguetones, y agarrábamos hojas y dibujábamos. Ellos hablan español, pero

todavía guardan el maya antiguo. Eso me gustó mucho de México; otra cosa que me encanta son los cuates, los amigos, y lo abierto que es culturalmente este país. La cultura en México no es manejada por un sitio, has de cuenta por el Museo de Arte Moderno... Esta ciudad son varias ciudades para mí, cualquier cosa que quieras se consigue, siempre hay gente o lugares donde puedes enseñar tus obras, y todo esto me gusta mucho de México.

Cuando nació mi hijo, de Miriam, mi esposa mexicana, en el 87, mamá nos invitó a Colombia a pasar un mes, en la navidad del 88, porque quería conocer al nieto. Entonces fuimos; luego del mes, yo le dije a Miriam: "No. Yo me quiero quedar más en Colombia. Llevo años de no estar en mi país". Nos quedamos del 89 al 91. Pasé delicioso; participé en el Salón de Artistas; estuve en la Galería Belarca, que quiero muchísimo, a Patricia Varaima y Arturo Velázquez, que son los directores. La Galería Belarca

EL REGRESO Y EL
REENCUENTRO
CON
COLOMBIA,
CON MUJER E
HIJO MEXICANOS



LA CULTURA
Y LA PLÁSTICA
MEXICANA

MAESTRO DE
NIÑOS
INDÍGENAS

siempre me ha apoyado mucho, igual Adela Paz Jaramillo, y mucha gente colombiana. Ahora, debes entender que, de pronto, luego de vivir uno 21 años en México, tus veinte, treinta, y ahora los cuarenta, pues hay cosas que lo unen a uno muchísimo a México. Sin dejar de lado a Colombia. Yo quiero ir en diciembre y quedarme un año. Quiero vincularme allá porque es mi tierra. Finalmente es mi tierra, y todo.

¿Sabes?, lo que más me acerca a Colombia es que allá todos hablamos a toda hora; discutimos, y nos abrazamos. Así es el colombiano, ¿no? En México la relación... la gente es un poco más introvertida en eso, bastante más reservada. Bueno, eso por un lado; pero por otro, de México lo que me gusta es que en el campo cultural, habiendo en Colombia más pintores, dibujantes, escultores, sin embargo, el ámbito cultural no es tan abierto como el de México; y la verdad, México es el país que me ha abierto todas las puertas. Y uno de pronto, pues, ha abierto alguna puerta, ¿no? Y no sé mis hijos, mis cuates....

Entonces, al tercer año de estar en Colombia, luego de ir por un mes, yo le escribí a la Galería Pecanins una carta pidiendo una exposición para el 91. Cuando mandé la carta, al otro día, me llegó una invitación de la Galería Pecanins diciendo que si quería exponer en México. O sea, se cruzaron las cartas, ¿no? Y eso me dio mucho gusto. Hice una exposición que se llamó "Tierras, de mis tierras", que eran trabajos con tierras de Colombia y de México, porque mis tierras son igual México y Colombia. Pero claro que he vivido más aquí; creo que mi punto ya es México. Por todo, porque no puedo empezar; bueno tal vez sí pueda, pero no quiero empezar a los 44 años otra vez, ¿no? Y es que yo estoy aquí desde los 23 años. Tengo muchos amigos en Colombia y lo que quiero es no desaparecer de mi país, pero a México no lo puedo dejar. Por todo, mis amigos, mis amigas, mis hijos, mi esposa.

Mira, yo me vine por tierra; entré por Chiapas a estar seis meses; y luego terminé trabajando hasta en el taller de Siqueiros, en Cuernavaca, y conocí a Angelina, su esposa.



Yo llegué aquí en el 75. En el 77, como que perdí mi identidad, y dije "Quiero volver a Colombia", tenía un año y pico. Carolina Ponce de León me propuso una exposición en Casa de Colombia. Llegué y estuve dos meses, y me regresé a México. Luego, en el 79, también regresé a Colombia y me quedé ocho meses. En Colombia hice otra exposición en la librería Círculo de Lectores; o sea, siempre que he ido he hecho algo. Luego del 80, hasta el 88, me quedé aquí. Cuando mamá me invitó, me quedé trabajando en arquitectura; haciendo maquetas con un amigo que se llama Alfredo Ordóñez, gran arquitecto colombiano, y luego me quedé un rato; ¿no? Pero de pronto le dije a Miriam que quería volver a México, y aquí estoy.

Yo me casé en un bus. Eso fue en mi primer matrimonio; y me casó Felipe Ehrenberg. Bueno, fue con Elizabeth, quien ahora trabaja en la Ciudadela, en el Centro de la Imagen, mi ex-esposa del camión. La conocí en el 80, un día en una esquina..., y le dije: "Oye, me quiero casar contigo en un

UN TRAJINAR
ENTRE
COLOMBIA Y
MÉXICO

EL MATRIMONIO
EN UN CAMIÓN
(BUS) EN UN PAÍS
SURREALISTA

CREO QUE MI
PUNTO YA ES
MÉXICO

camión". Y ella dijo: "Órale" y yo estaba pensando en casarnos en San Ángel-La Joya por "La Joya", ¿no? Y le dije: "Bueno, en qué camión quieres? Y ella respondió: "San Ángel". El chofer iba manejando y la gente como si nada... ¡Delicioso el matrimonio! Y eso sí que es surrealista; México es surrealista, pero más que surrealista, México es mágico. Si a México le cambias una E por una A es Máxico. El mismo Breton decía que el país más surrealista era México; lo que pasa es que México es surrealista mil años antes del surrealismo. Mucho antes de existir el surrealismo, México era surrealista, y la magia, de pronto, la gente, y todo, no sé... Me encanta este país... y a Colombia lo adoro, lo apoyo y lo defiende. Como colombiano quiero vivir en México. Puede que el día de mañana acabe viviendo en Colombia; me gustan los dos países, pero no hay ¡jijos!, de esto por lo otro, ¿no? Pero no voy a dejar el lugar donde estoy hasta que no quiera, y no quiero!

Me acuerdo, y con mucho gusto, de lo que he vivido... ¡ay, te acuerdas de lo que hicimos, y lo que pasó, y lo del camión, y lo del mar y el pescador, y cuando rifábamos obras...?, porque son parte de mi experiencia. Entonces, de pronto, alguien que tiene mi edad dice: "Hijos, y estos cuates, cuánto vivieron, y yo... que fui tan cuadrado, tan aparentemente educado, no he vivido nada". Pero, a esta edad, yo ya no puedo vivir igual que en mis treinta. Así que no me arrepiento absolutamente de nada de lo vivido; ni me arrepiento de ser hijo de quien soy ni de los amigos que he tenido; y no, por ahora no quiero volver.

Viví como pescador en Celestún, Yucatán, y en Marquelia, Guerrero. Ya te dije que me encantó Palenque, y de allí me fui a Bonampak y Puerto Echeverría, en el río Usumacinta. Cuando regresé, tomé un caminito que va a una comunidad; pasé delicioso con los indígenas. Cuando casi no me quedaba dinero -yo era un tanto pobre y tenía veintipico de años-, dije: "Me voy a Mérida". Agarré el tren en Chagalá y llegué a Mérida. Ya me quedaba poquitico dinero. Compré un mapa. No, no lo compré, me lo regalaron, y ví Celestún. No lo conocía, y

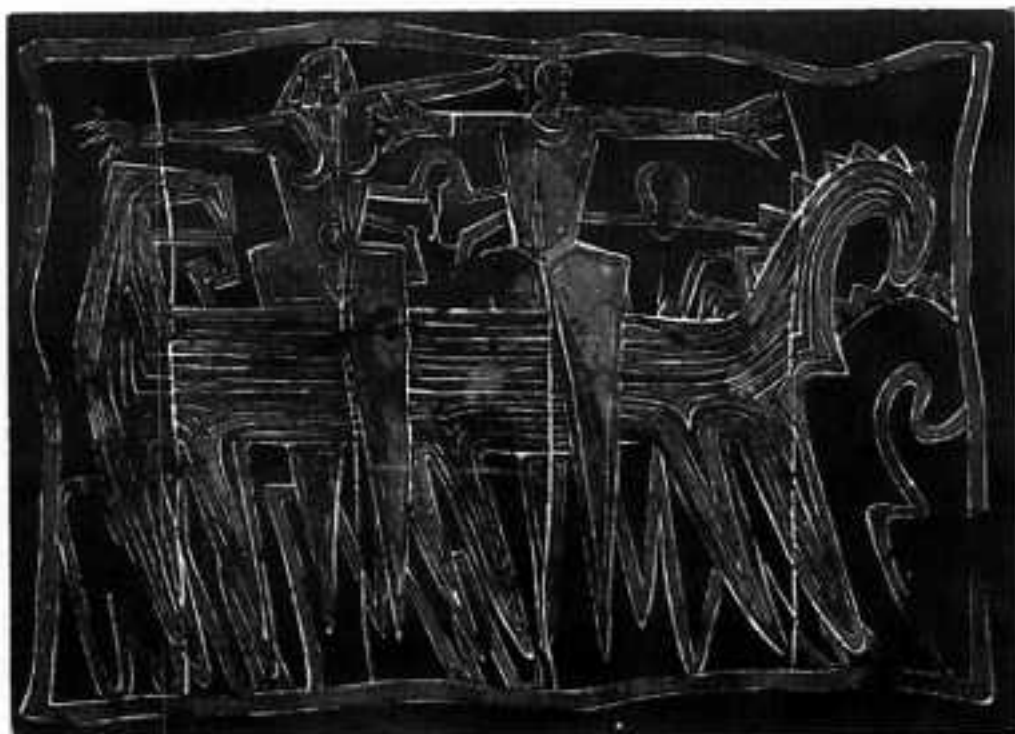
dije: "Me voy a la playa. Voy a ver si alguien me contrata de pescador". Entonces espero; llego a Celestún con mi libro de dibujos y todo, y sólo me quedaba como para comprarme unos huevos. Entonces, le digo al dueño del restaurantito: "Oiga, señor: ¿sabe si alguien me puede contratar para pescar, o algo? Me gustaría pescar. De pronto, un cuate se para y dice -con un acento yucateco-: "Ejete, yo soy El Maravilla; vente conmigo". Y viví con ellos como un mes. Todas las mañanas salíamos a las ocho a bucear en el mar, y sacábamos cayo de hacha. (Sé que estás grabando, o sea que no puedo mentir). Sacábamos cayo de hacha que es un molusco que está como a tres metros de profundidad. Tenías que bucear, no con tanque de buceo, con careta, un guante en la mano y una bolsa de plástico, y meterse. Y con la mano, con el guante de plástico, sacas la vaina para que no te arañe el caparazón. Yo duré como veinte días, y me pagaron super bien. Regresé a México en tren. Llegué con una lana... eso fue en el 78. Las aventuras que uno vivió... no tiene nada de raro... ¿no?

Dí clases durante cinco años en la Secretaría de Educación Pública, cuando estaba Manuel de la Sera y el director era Fernando Solana. Fue la cosa más padre, chévere en Colombia, para que sepan, porque nos mandaban a toda la república. Yo estuve en Chiapas, Yucatán, Guerrero, Oaxaca, en escuelas rurales, para hijos de campesinos y, además, a veces dábamos clases en casas de la cultura. Esto lo empezamos en el 80, hace dieciséis años, con Felipe Ehrenberg, que fue al que se le ocurrió, Ernesto Molina, otros amigos y yo. Luego entró Jesús Reyes y otra gente mexicana. Ahora, yo también he trabajado como editor; y nos mandaban a dar clases a la sierra. Yo estuve, por ejemplo, en Tlapa, la sierra de Guerrero, que queda adelantico de Olin-

MAESTRO
POR LA
REPÚBLICA
MEXICANA

UN PINTOR-
PESCADOR
COLOMBIANO EN
LA PENÍNSULA DE
YUCATÁN Y
GUERRERO





LOS PADRES, LA FAMILIA

lá, donde se hace la mejor artesanía y arte del mundo. En Iguala, en Tixtla, en Chilapa, en San Luis Potosí, en Aguas Calientes, en Zacatecas y en varios lados. ¡Qué rico eso! ¡Y era padrísimo! Fueron cinco años. Dimos clases sobre cómo hacer editoriales, cartel y pintura mural. Conocí toda la república.

Como colombiano siempre he apoyado a Colombia, desde antes de que Mario Rey hiciera sus semanas culturales, a las cuales he apoyado, todos los años. Antes la Embajada hacía cosas de Colombia en México, hasta con Umaña de Brigard, el embajador, con Linda Berg, etc. Siempre he apoyado a Colombia. Si tú crees que tu país es tuyo, tienes que apoyarlo. Luego, de pronto, dicen: ¡Hijos!, ¡si eres colombiano! Pero es bonito que sepan que Colombia es el país más pícaro, más divertido, más agradable del mundo, también. Además, ¡que mujerzotas!

Los primeros cuatro años que estuve en México me sentí como que no pisaba el piso, me sentía como extranjero, la verdad, por encontrar un país como México; me pareció muy fuerte. Fue en esa época cuando volví a Colombia, un poco como en búsqueda de identidad, de nuevo. Pero luego de los cuatro años, regresé a México, y me siento totalmente de aquí; más mexicano que muchos mexicanos; pero también me sien-

to super colombiano. Yo creo que mi punto es México; es él quien me ha dado muchas cosas, yo estoy muy agradecido con México. Ahora, muy agradecido, pero yo también he dado mis cosas, ¿no?

Afortunadamente, mi familia, desde que nació mi hijo Sebastián, ha ido como cuatro veces a Colombia; ahora Sebastián tiene ocho años. Miriam, la mamá, también ha ido, y adora a Colombia. Mis hijos viven en Oaxaca, donde han nacido los dos mejores pintores, que, para mí, son Tamayo y Toledo. En todo caso, Sebastián se acuerda de Colombia muy bien. Él tiene como los dos arraigos. Aclaro que, viviendo en México, lo conocen más. A mí me parece muy bien para ellos que tengan la doble oportunidad. Oaxaca es el mejor sitio para mis hijos. De pronto, el año que me quiera ir para Colombia, me los llevo... Siempre hay un momento en que México me llama. Y eso le ha pasado a mil pintores, por ejemplo: a Carlos Mérida, que era de Guatemala, o a Vicente Rojo, que también se quedó en México. No sé que tiene México...

Yo creo que mi obra, en mis dibujos, en mis objetos -que agarro de la calle, yo recojo basuras y las pongo en cajas- se manifiesta una cosa mexicana, y más que mexicana, africana. Como que entiendo que quiero ir

hacia atrás, hacia lo primitivo. Y lo primitivo me recuerda mucho los grafismos, las cosas, más que lo precolombino, el arte africano. Entonces hay mucho arraigo, y ese arraigo lo he tomado en México.

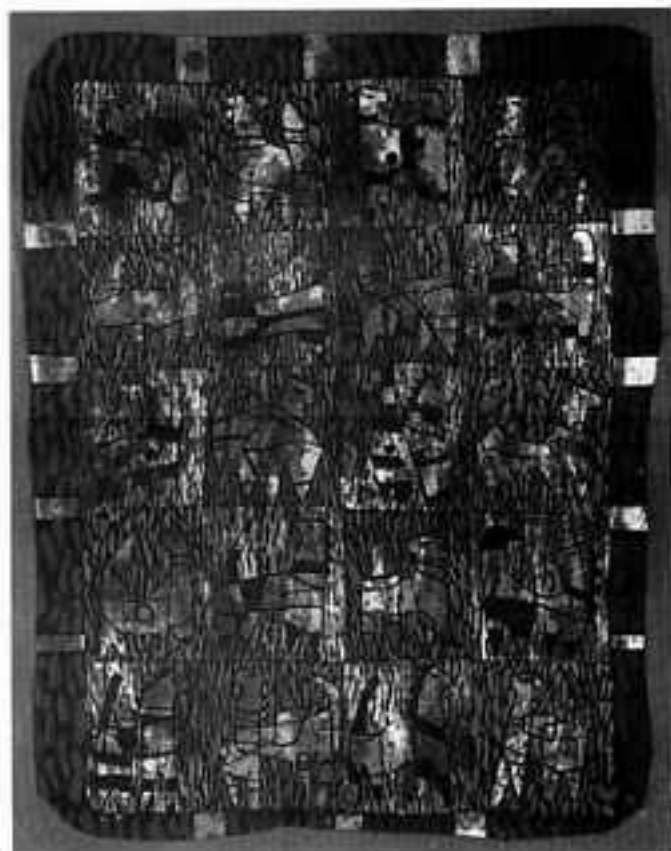
Yo siento la presencia de Colombia en mi obra a través de mis cajas, que son objetos negros, con latas y láminas y todo. No ha habido cajas en Colombia, todavía. Yo, perdón que lo diga, fui el primero que empecé a hacer cajas urbanas en México. Cajas, han hecho mil gentes, hace años. No es que descubriste algo, pero mis cajas reflejan a mi país, Colombia. Y México en mi obra me ha ayudado muchísimo..., y es que México me ha dejado hacer todo lo que me ha dado la gana. Es el único país que me ha dejado hacer todo lo que yo quiera, dentro de todos los límites. Entonces puede que mi obra corresponda al que la hace, y el que la hace está viendo las calles, las cosas... De alguna forma, México ha sido una influencia para mí, pero quiero aclarar que antes de llegar a México -yo vine en el 75- ya era pintor. Mi padre fue un maravilloso pintor, y tal vez por eso no me costó trabajo meterme en estas cosas. Ahora, yo no tengo nada parecido con lo que hacía papá. Pero, ante todo, los veinte años, veintiuno, que voy a cumplir en México. Me voy a nacionalizar, además.

Yo no creo en lo que se está haciendo, porque la pintura no es una moda, con todos esos performances y todo. He visto ahorita en revistas colombianas cosas muchísimo más interesantes en lo contemporáneo, en cuanto a performances. Colombia lo que tiene son excelentes dibujantes. Luis Caballero, que murió el año pasado, para mí, era el mejor dibujante, y no me importa decirlo, del mundo. Colombia tiene muy buenos dibujantes y pintores. Lo que pasa es que Colombia tiene más educación, en el sentido estricto de la palabra, en pintura, y México lo que tiene es mucha más investigación. No tiene toda esa calidad de dibujo, pero al abrirte la puerta a investigar te hace encontrar cantidad de cosas que no te enseñan en la universidad, y que son también válidas. Hay más puertas en México por ese lado. En Colombia tienen excelentes artistas. El mismo David Manzur, Diego

Mazuera, amiguisísimo mío desde el colegio, Luis Luna, Tatiana Montoya, Carlos Torres, que viven aquí; Arturo de Narváez, que está en París y es buenísimo. Estoy hablando de la gente de mi generación. Hay gente muy buena, y creo de veras que de Latinoamérica son los mejores pintores; empezamos con Botero, que es el más conocido en todo el mundo... A mí me gustaba su obra anterior... Negret como escultor, Villamizar, Obregón, Grau... Ahora, así viva toda mi vida en México, yo siempre quiero que sepan que a mí me hicieron en Colombia.

¿Por qué me quedé? ¿Por qué se quedó Álvaro Mutis aquí? ¿Y Gabriel García Márquez, el mismo Eduardo García Aguilar...? Es que México en el campo cultural es una maravilla. Yo voy a las reuniones con amigos que te quieren; no que te quieren si vendiste, te quieren por como eres. Eso me encanta, y soy colombiano, adoro mi país, pero aquí me han querido. ¿Tú te irías de donde te quieren? Y no es por romanticismo, es pura realidad. Y querer en arte no es ninguna vaina sentimental, porque la vida es como tirarte al vacío. Te tiras al vacío y ya; hagámoslo; y de pronto recibes la aceptación, porque a alguien se le ocurrió que eso también podría ser, y eso en Colombia sí está bastante restringido; perdón que lo diga, y perdón por Colombia. Ahora como calidad y todo...





Uno, cuando viene a México, no sabe si hay fuerza o no hay fuerza -cuando llegué no tenía ni idea-, llega y encuentra, de pronto, la magia; la fuerza es la magia, y te quedas, y no sólo el colombiano sino gente de todo lado se ha quedado aquí.

Cuando salí tenía veinte años, y teníamos la curiosidad de ver otros lados, y sentir la independencia; ser independiente, así dier-

mas debajo de un árbol; ahí veras tú qué haces. Yo viví en un árbol en Colombia. Mi abuelita... yo tenía una abuela lindísima... me encantaba cazar... me hizo una choza en la finca...

Si vas a Bogotá, en el taxi, en el bus o en el camión, se oyen mariachis, y llegas a México y se oye cumbia, se oyen vallenatos; toda una cercanía. Hay una unión como chévere.

Ahora lo que sí voy a aclarar es que para entrar en cualquier país nos ven de arriba abajo. Eso, quiero decirlo, me da coraje, que siempre sea una cantidad de vueltas para uno decir: "Bueno yo soy decente". Entonces, casi, bájese los calzones a ver si es decente.

La realidad colombiana es maravillosa, y yo conozco gente europea y mexicana que ha ido a Colombia y han quedado encantados de mi país.

En el aspecto humano, la gente es padrísima, son de lo mejor; el paisaje y las ciudades me encantan. Toda la gente que visita a Colombia queda encantada.

LA RELACIÓN
MÉXICO-
COLOMBIA: UNA
UNIÓN CHÉVERE

LOS
COLOMBIANOS
EN EL EXTERIOR

*Mario Rey, Cali, Colombia, (1955).
Reside en México.*

LEYENDAS



DE ORO Y BARRO

**Reproducciones de las distintas
culturas de Colombia**

Periférico Sur Núm. 7650, local 18
México, D.F.

Teléfonos: 6•73•45•93 6•73•84•51

Celebración de las setenta primaveras del poeta

Jaime Sabines

RICARDO GUÉLLAR VALENCIA



*Me quité los zapatos para andar sobre las brasas
me quité la piel para estrecharte.*

*Me quité el cuerpo para amarte
me quité el alma para ser tú.*

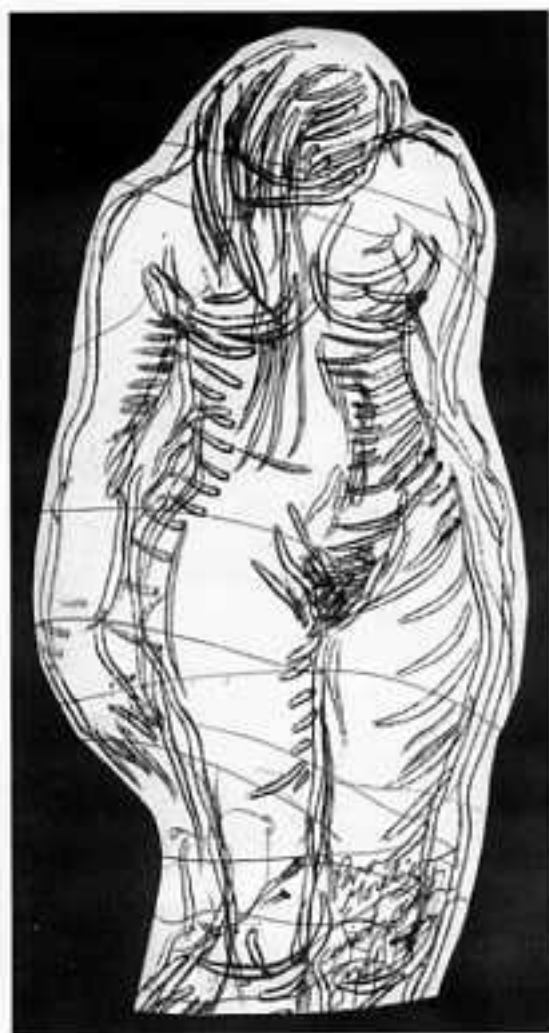
*Derribé la pared más oculta de tu alma y fui a
dar al patio de un alma vecina. Derribé otras
paredes y siempre me encontré con que detrás de
un alma hay otras, muchas almas. Por eso pienso
que las almas no existen.*

Jaime Sabines

Jaime Sabines es un poeta universal en tanto sabe ir al fondo de lo humano. Su escritura poética, su visión del mundo, del hombre y de la poesía tocan las raíces más secretas de la existencia.

La crítica audaz coincide, desde la aparición de sus primeros libros, en señalar que la poesía de Jaime Sabines es una *nueva voz*. Y lo es más allá del vano elogio. Ciertamente unos, pocos, lo aclamaron; otros, espantados, lo reconocieron, y los más permanecieron gratuitamente en silencio. Sólo la voz de Octavio Paz supo reconocerlo con precisión. Poesía que traza "mapas pasionales, signos de los cuatro elementos, jeroglíficos de la sangre, la bilis, el semen, el sudor, las lágrimas, y los otros líquidos o sustancias con los que el hombre dibuja su muerte -o con los que la muerte dibuja nuestra imagen del hombre".

Aquello que en Huidobro, Neruda y Vallejo surgió como lo humano, demasiado humano, en Sabines se convirtió en el centro de sus búsquedas. En un raptó de iluminación supo señalar, no como una audacia ocasional, que no se trata de vivir a lo poeta sino a lo hombre. Trastocó, y para siempre, aquella idea



según la cual el hombre está al servicio de la poesía, para trazar definitivamente la línea que indica que la poesía es y está al servicio del hombre, de sus miserias y alegrías. Así terminó uno de los últimos esteticismos arrastrados por el siglo XIX y heredados por nuestros poetas.

Sabines saca la poesía de las cavernas intelectuales, de las tensiones filosóficas, de las angustias metafísicas, de los reclamos teológicos, de las naderías existenciales y poses de la inteligencia para dar paso a las voces múltiples del cuerpo. Sabines es el descubridor del cuerpo que nos posee en todas sus formas de ser y parecer.

No se reduce su escritura al cuerpo de la amante o a los coloquios de la llamada vida cotidiana. Eso es lo aparente. Lo llamado por Sabines "cotidiano trascendente" no es más que las maneras de ser del hombre. Aquello aparente, denominado *vida cotidiana*, lo saben los filósofos, es gratuito. Dado que en el diario y nocturno devenir estamos siendo, con el montón de sueños e ilusiones, fracasos y alegrías, sin más conjugación que los deseos y actos, eso que es vida humana.

El poeta no se engaña con el señuelo de la vida eterna, y por ello se distancia de su maestro Rubén cuando escribe: "Dice Darío que quiere la eternidad, que pelea por esa memoria de los hombres para un siglo, o dos, o veinte. Y yo pienso que esa eternidad no es más que una prolongación, menguada y pobre, de nuestra existencia". Y con severa claridad agrega: "Hay que estar frente a un muro.

Y hay que saber que entre nuestros puños que golpean y el lugar del golpe, allí está la eternidad". Y para ser más preciso y crítico ante la gloriosa metafísica, aclara: "Creer en la supervivencia del alma, o en la memoria de los hombres, es lo mismo que creer en Dios, es lo mismo que cargar su tabla mucho antes del naufragio". Digamos que deambulando por lo cotidiano Sabines subvierte el orden de la vida: "El mediodía en la calle, atropellando ángeles, violento, desgarbado; gente envenenada lentamente por el trabajo, el aire, los motores, transmitiendo programas musicales. ¿Cuál hormiga soy de estas que piso? ¿qué palabras en vuelo me levantan?"

Para Sabines no es necesario partir de la imaginación sino de la vida misma, de lo que hace al hombre, a la mujer y a los animales seres reales, sensibles. En este sentido desaparece la separación de cuerpo y alma -anunciada por William Blake a fines del siglo XVIII, retomada por Novalis en sus *Fragmentos* y asumida por Baudelaire y Rimbaud. Ese reencuentro es evocado por Huidobro, Neruda y Vallejo a principios del siglo XX. En Sabines la identidad alma-cuerpo es llevada a sus extremos más significativos y es donde filósofos y analistas literarios deben posar sus ojos.

Nuestro poeta sabe y lo dice, desde su juventud, que se trata de una vida cargada por el mal en los siglos de los siglos: "Lento, amargo animal... amargo desde adentro, desde lo que no soy, -mi piel como mi lengua-, desde el primer viviente, anuncio y profecía". Esta sustantiva claridad le

permite poder barrer toda escoria, toda supuesta consideración ilusoria de la vida humana. A ello se agrega lo que él ha llamado una actitud "temperamental" ante los proclamados intelectuales, aquellos que lo saben todo. ¡Cómo se burla de ellos en su poesía e incluso en las pretendidas entrevistas inteligentes! En el fondo, Sabines se burla de los pretenciosos, de los iracundos sabios, de los que ponen por encima de la vida sus precarias teorías. Sabines no requiere modelos, esquemas o principios, programas

o proyectos para ser poeta. Sólo le basta estar vivo y saber que lo que le sucede a él o a su alrededor es digno de canto.

Sabines afirma que la poesía no es más que la comunicación de la *emoción humana* ante lo que siente y observa. Pero resulta que esta postura pone en cuestión ciertos fundamentos teóricos que tienen que ver con la filosofía y la lingüística. ¿No es la esencia del ser, en sus múltiples maneras, la que conocemos en sus versos? ¿Qué piensan los metalingüistas de este poeta que funde palabra y vida?

Partimos de la idea de Coleridge de que detrás de todo poeta hay un filósofo, más allá de los kantianos que todo lo reducen a las observaciones de la razón pura. Allá ellos. Ahora, es el cuerpo el que piensa, el que ve, el que requiere cambiar, inventarse de nuevo como lo percibió con extrema claridad Antonin Artaud. En el caso de la poesía de Sabines no es un debate desde la enfermedad y la locura. Este poeta mexicano llega a los extremos por la vía del placer en su doble condición: posesión-ausencia. Y tan cara es su fecunda visión de lo sensitivo, amoroso y erótico que, sin proponérselo salta a la otra orilla: la mística. De la hirviente vida pagana pasa a la adoración sagrada. Se trata del rejuergo del cuerpo que advierte sus dos maneras de ser en la vida humana: los fuegos luminosos de los sentidos y las finas luces de la contemplación. Para el poeta que escribe en la más íntima soledad, apenas una delgada línea separa la memoria del cuerpo que posee una presencia o una ausencia. Es tan intensa la emoción del recuerdo de un cuerpo amado en su lúcida desnudez como el recuerdo de una virgen dulcemente amada, como en la Tía Chofi, ligada a los afectos, a la vida, no a otra cosa más allá de lo humano, contemplación de lo humano recordado, recuperado.

Huidobro, aún bajo la influencia de la tradición occidental grecolatina, escribió: "El poeta es un pequeño Dios". Sabines le da la vuelta: "pequeño Dios el hombre". Para Sabines el que habla no es Dios sino el hombre.



Si la mística define los grados progresivos de la ascensión del hombre hacia Dios, ilustra con metáforas el estado de éxtasis, produce discursos edificantes, y en el caso de los grados de ascensión se trata del pensamiento, la meditación y la contemplación, Sabines bien sabe obtener imágenes del mundo exterior y ver las huellas de Dios en la vida humana, y se recoge en sí mismo para producir la imagen de Dios y le habla a Dios mismo. En la entrevista que realizamos con el poeta afirmó: "Yo nunca he tenido la idea de un Dios antropomórfico, pienso que Dios es una palabra que nos sirve para decir nuestra propia ignorancia del hombre". Entonces, podemos señalar que en Sabines, a fin de cuentas, Dios es el otro, el que el poeta indaga dentro de sí mismo cuando piensa, medita o contempla al mundo y a los hombres. Pero sea en uno u otro caso, Sabines no se embelesa, pues en sus poemas místicos está presente la realidad sufriente, la realidad real del ser humano, a la cual le canta, porque tiene una clara idea de la corporeidad del ser, aquí en la vida. Sabe que el viviente, más allá de sus creencias religiosas, estoicas o mesiánicas, padece sufrimientos reales y establece con los semejantes relaciones humanas que vive con profunda intensidad. Tan humano es el dolor de la ausencia de la amada como el producido por el desconocimiento de uno mismo. Tanto sufre el que ama la carne como el desconsolado por el amor a sí mismo, el de los otros o su propia miseria sublimada. Pensar en el afuera, meditar en lo que se es, o contemplar la figura del ausente-presente, es una búsqueda que el poeta Sabines conjuga para dar vida poética a los otros. Y más ampliamente a los humanos, animales y la naturaleza. De estos dos últimos aspectos, no trato ahora.

Sabines sabe, con Kierkegaard que el misticismo -ese estado poético de primer orden- es una elección de sí mismo en el más soberano aislamiento. También sabe que el estado de alta misticidad es propicio para revelar algo sobre el misterio de la vida. Pero, a diferencia de Bergson, el poeta Sabines no pretende perfeccionar nada de la especie humana, sino dar constancia de lo que no ha sido y es el ser humano. Esa risa que es dolor es patente de vida, huella humana, manera de ser nuestra.

Con la poesía de Jaime Sabines aprendemos la plenitud del goce erótico, lo inasible -a veces- del amor, la presencia inapelable de la soledad, los pequeños goces de la vida diaria, lo inadvertido de nosotros mismos y la infinita necesidad de afirmar la vida en todas sus consecuencias.

Con la escritura de Jaime Sabines, tan esencialmente chiapaneco, y por ello mismo universal, entramos al reino de la sabiduría de lo humano, sin más pretensiones que tocar la carne al rojo vivo. Demos gracias a esta tierra que le dio madre y nacencia.

Ricardo Cuéllar Valencia, Calarcá, Colombia (1946). Reside en México.





Hambre de Abuelo

JULIO OLACIEGUE

Mi hueco sin ti, ciudad, sin tus muertos que comen.

Federico García Lorca

PARA FESTUS

Vine a Madrid en busca de dos poetas amigos míos. No los encontré pues uno se había ido a Perpignan y el otro a Bogotá, siempre ocupados en hablar bonito, en recitar, en escribir, en decir lo que piensan.

Ambos son soñadores de libros, duermen envueltos en páginas. Ellos siempre se han preocupado porque yo sólo soy un hombre de prosa y sospecho que esta vez urdieron un plan para que penetrara en los secretos de su arte. En la habitación que me dejaron preparada encontré una bolsa de plástico repleta de poesía para leer: Octavio Paz, T.S. Elliot, Álvaro Mutis, Eduardo Cote Lamus, Wordsworth, Coleridge, Antología de poesía primitiva, Guillén, Cernuda, Rubén, García Lorca...

Tenía ante mí, como en la época de mi primera juventud, no sólo mucho tiempo para leer, sino, sobre todo, una habitación con el olor de la madera, del silencio, de la quieta y sosegada vida de los estudiantes. Me quedé encerrado varios días.

He venido a este lugar silencioso desde París persiguiendo la nada. Me gusta corretear el sol de otoño entre los árboles como un lujo. Mi regalo de cumpleaños. Uno lo que desea es la paz del monje, su monasterio. Todo el desgaste, las palabras que suelto en el café para demostrar que soy un hombre de la ciudad.

Los días van cumpliendo sus promesas; estás en Madrid, en otoño y sin darte cuenta hablas en la oficina de un banco de tu madre ausente.

Como carecía de todo plan a veces dejaba los libros a un lado y me iba a vagabundear por la ciudad. Cuando el frío me acosaba demasiado corría a los museos. Un día en que estaba haciendo sol entré al Jardín Botánico. Allí, mientras caminaba por las alamedas, pensé que tal vez el plan de la flor es que alguien le escriba un poema. Yo no me atrevía, no sabía cómo hacerlo. Tal vez debía primero comprarme un sombrero y una chaqueta negra. También un buen cuaderno. El mayor inconveniente era que desconocía por completo las flo-





res. Aunque no parezca, soy un hombre de la ciudad. Después me dije que las flores son generosas y no piden nada. Tan sólo nos incitan a cantar.

Octavio Paz, que andaba en ese entonces por Estocolmo midiéndose una chaqueta negra para ir a una fiesta en la que también hablaría de la muerte, escribió un poema que se llama *El fuego de cada día*. Lo asocié con un cuadro de Giorgio de Chirico titulado *El misterio de cada día*. Aun cuando ahora no soy capaz de recordarlo, me gustó encontrar en esa pared la solidaria y consoladora muestra de que otros padecían o vivían de manera creativa el oscuro paso del tiempo. Y tan campantes. La misma impresión me dejó la obra de flaco perfil de Giacometti. Era eso: en este mundo historial, como dice Juancho Polo, un hombre apenas, como una sombra, camina por un paisaje cualquiera entre dos edificios. Sólo el artista veía su grave y risible silueta negra dibujada sobre los muros, transportando no obstante sus sueños.

Hecho trizas y sonriente como todos. Las palabras que no he dicho se disuelven por la noche, se resuelven. Un hombre hecho y derecho recibe una carta en la que una mujer de hermosos pechos le habla de Dios. De mañana es necesario que el espanto sea recompensado. El que escribe en este día de otoño con un leve golpeteo de sol en la mejilla izquierda fue un trozo de canto, atado a mil pensamientos, un sueño único.

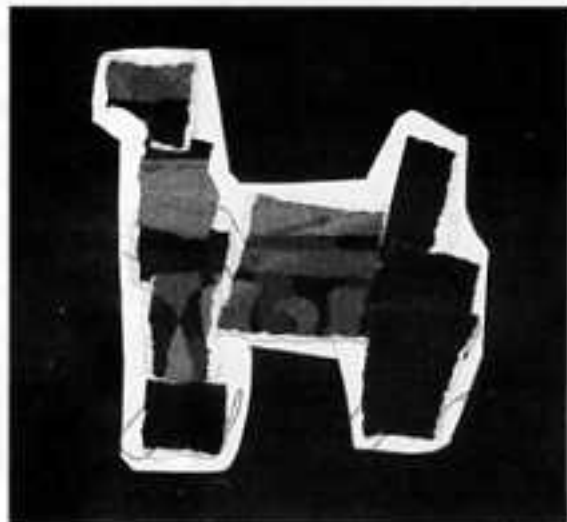
Estar así a solas en una ciudad que no era la mía me llevaba a soltar mis

frases, a experimentar, a colocarme en posición de búsqueda, provocando ligeros movimientos o palabras ajenas que luego escribía. Mientras así diletante, etéreo, volátil, fugaz, con leves dilemas ante mí, bebía al salir del museo una ginebra en un bar de la Gran Vía, una señora, la mesera, barría a las ocho de la noche los desperdicios, papeles y colillas que habían dejado los clientes desde por la mañana. Me pareció que estaba barriendo el día ya ido y se lo dije. No sé si ella estuvo de acuerdo conmigo pero no quiso quedarse atrás en el filosofar y por eso me contestó:

-Sí, estoy barriendo los malos pensamientos.

Esa noche del miércoles -mi tercer día en Madrid- al levantarse de la mesa en la Residencia de Estudiantes, el poeta gordo vestido de negro no me saludó. Lo disculpé pues pensé que estaba de luto. Por los pasillos de blancas y gélidas baldosas, camino a mi habitación, iba pensando en los celadores de los museos. Al entrar a mediodía a una sala desierta me había topado con una pareja que estaba casi escondida. Eran una muchacha rubia que se veía rara con su uniforme y su revólver y un hombre calvo, de unos 49 años, que tenía la gorra en una mano, detrás de la espalda. Me miraron y yo vi en sus ojos que sentían hambre y odio.

Me dio lástima y risa. En la pared, enmarcada, había una servilleta de bar rayada por Giacometti con un bolígrafo azul barato. Ninguna forma tenían las rayas, era el caos antes del cosmos. Alguna amiga del artista hizo que éste pusiera su firma y luego se echó la servi-





lleta a la cartera. Tal vez por eso los celadores odiaban su trabajo. No comprendían por qué tenían que estarse todo el día allí dando paseitos de un lado a otro para cuidar que nadie se robara esa servilleta manchada.

Me alejé de allí y me fui de nuevo a ver los cuadros del Bosco. Frente a sus jardines llenos de tantas criaturas conocidas, eché de menos en nosotros los modernos -que estamos viviendo ya de verdad lo que él soñó e imaginó en el siglo XVI- la fuerza necesaria para transformar nuestras andanzas por el mundo en obras como aquellas.

Incluso los sueños más rotos dejan sus pétalos en el día. He venido a este lugar silencioso persiguiendo a la *nada*. Yo vagabundeaba por Madrid con frío, pero Festus Uwumagbe, un muchacho de Nigeria, se estaba congelando de verdad en un

sótano de la Plaza España a las tres de la tarde de sus 32 años, ese miércoles de diciembre. Estaba por fuera del Plan de la Flor. El jueves a mediodía tendría por primera y última vez en su vida y en su muerte derecho a flores. Su historia la contaba el periódico. Se supo que había salido de su tierra empujado por el sueño de un mejor vivir. Llegó a España como si se tratara del Nuevo Mundo, el último intento desesperado por hacerse un lugar al sol. La fortuna le había sido esquiva, aunque los dos niños que había dejado allí le alegraban la vida. Se sentía perseguido, el hombre nunca se acostumbra a viajar de polizón.

En Madrid estaba haciendo mucho frío. Empezó a toser. Después de la cena seguí leyendo a Octavio Paz. Cuando me dio sueño apagué la lamparita y me dormí enseguida. En la madrugada me desperté. Me volví a sumir en un pozo. Recordé. Estaba durmiendo a pedazos. La realidad no me dejaba. No sabía lo que iba a escribir sobre Festus, pero ya todo estaba pasando. Incluso desde antes, desde el momento en que yo cenaba en silencio frente al poeta gordo vestido de negro, Festus había comenzado su *agonos*, su lucha, su combate final, tosiendo y con fiebre en el sótano de la Plaza España.

Era un asunto de indiferencia teñida de odio. África era la tierra del olvido. Uno iba por las calles de Madrid pensando que el tiempo ha pasado, ya se fundaron las naciones, los bancos, las fronteras. Se firmó la paz, hubo nuevas guerras, otras comienzan lejos. La muchedumbre en la Puerta del Sol sabe todo eso. Sin embargo desfila buscando una chaqueta negra, un libro de regalo, una botella de Rioja. Nadie te conoce, vienes de lejos. Sin papeles. Ya habían comenzado sin embargo a escribir tu nombre, Festus Uwumagbe. En el periódico, el redactor de guardia, esa madrugada, pensó que la muerte de un nigeriano de 32 años llamado Festus merecía un poema. Pero, ¿quién podía a esa hora escribir un poema que además iba a quedar sepultado bajo las páginas de la bolsa de valores y la crisis del golfo?

Estamos a comienzos de diciembre, hace sol y frío y, gracias a la soledad de este lugar en que me encuentro, me tienta la idea de pesar en una imaginaria balanza lo que soy y lo que no soy, ahora que estoy a unos misteriosos pasos de los 40 años. Por lo menos, como se ve, me gusta escribir. Uno va tejiendo su mundo con los otros y ustedes devuelven de manera invisible, sutil, algo de lo que va tornándose, dándome un rostro, un deambular, una salud. Aquí, retirado, estoy ya hilando lo de mañana, lo que me gustaría recordar de estos días en Madrid.



El sueño del agonizante volaba sobre Madrid esa noche. Alguien, siempre, quiere escribir un poema. Yo estoy acostado en la habitación 54, durmiendo a pedazos. El poeta gordo vestido de negro vela en el piso de arriba hasta altas horas. Inmóvil frente a una hoja en blanco. A muchos kilómetros de allí, en la habitación 77 del Gran Hotel de Estocolmo, Octavio Paz, su doble, relee lo que acaba de escribir: "También la muerte es un fruto del presente. No podemos rechazarla: es parte de la vida. Vivir bien exige morir bien. Tenemos que mirar de frente a la muerte".

Festus Uwumagbe, de veras en el sótano, la estaba mirando. Esperaba calentarse y creía que las iguanas, los verdes cocodrilos que querían entrarse a la casa a morderlo eran sólo un sueño. Menos mal que es sólo un sueño. Él los rechazaba con el chorro de agua de la manguera. Querían entrar a la casa y morderme. Arriba, por Alcalá o Recoletos, anda el poeta mirando las vitrinas pues necesita comprarse una chaqueta negra para irse de fiesta. Todo se lo debe a la poesía. El silencio se aprende, meto las manos en los bolsillos fríos, amor voló de Nigeria trepado en un mástil, este es el aire frío del Viejo Mundo, paloma. Atado ya a lo oscuro, brea, resina, me hago un lío de canciones, culpas, iglesias. La cinta rota: mi padre responde campana. Quién puede responder, una luz de cabo de vela, una lenta mancha amarilla se extiende sobre los lienzos descolgados del museo. Él se está petrificando. Ya no suda frío verde. Ya no tose azul turquí. No vio que el Bosco lo pintaba como un mago. Él era uno de los tres reyes magos. El mar siempre tan cantado me devuelve a la tierra. Con mis ojitos en carne viva contemplo la inmensidad. Se hará el poema de leña. Qué feliz pude haber sido. Mamita sancocha una gallina, qué absurdo, sin plan el poeta escribe sobre un viaje soñado. Tal vez recuerda a los pigmeos: hay luz en el cielo, los ojos ya no miran, pero las estrellas brillan. El frío es aquí abajo, la luz es allá arriba. Todo el delirio se lo dictamos en el día de nuestro óbito. Poeta dice que puede conversar con nosotros desde su cuarto al sótano. Desde antes de llegar al idioma español. Él dice que hay un hilo de araña para hajar al sótano desde su hotel. Qué desperdicio mi sonrisa tan blanca. El sacrificio nadie lo entiende. Lavadas espinas de los peces, contraste con la tinta, la noche, espesuras del cristal de sangre. Yo no



sospecho que usted ha venido a Madrid a romperme el pecho con su pluma, ¿esta es mi tumba? Mi nombre festivo se ata a sus pensamientos. Podré así toda la vida pasar el jueves con usted aquí cantando en el sótano de la Plaza España. Cresta del gallo de Sócrates que no canta. Al alba todo desplumado usted escribe de nuevo Festus Uwumagbe. Tal vez una flor tronchada.

Cada una de nuestras vidas también es un misterio. A uno le gusta asomarse al mundo ajeno, a la experiencia, proponer que nace en tal ciudad, o decirle a un periodista algo así como "el arte se os dará por añadidura", "mi padre escribió varios libros de poemas", o "el viejo jamás se leyó un sólo libro mío". Después toca ir aclarando que somos hijos bastardos del autodidacta que deambula por la biblioteca de la Residencia de Estudiantes, tratando de leer los libros con un orden raro, emocional, vanidoso, pretendiendo aparentar que sabemos. Lo mejor ha sido encontrar en ediciones baratas, o fotocopias, un saber, una voz de niño jugueteón que no desea (por ahora) dar opiniones o mandar la parada.

*Julio Olaciregui,
Barranquilla, Colombia (1952).
Reside en París.*



Delirio de San Cristóbal

Manifiesto para una generación desencantada*

EDUARDO GARCÍA AGUILAR

"Todo lo profundo necesita una máscara".

F. Nietzsche,

citado por María Zambrano en La Agonía de Europa.

"Hubo un silencio durante el cual Kate volvió a sentir esa amarga decepción que experimentan todos los que conocen bien a México: una desesperanza amarga y estéril".

D.H. Lawrence. La serpiente emplumada.

"Pero ¿cuál es el secreto de la atracción, y se podría decir: la atracción teleológica de México? ¿Por qué tanta gente va allí y, habiendo ido, ansía retornar?"

Malcolm Lowry, citado por Ronald G. Walker en Paraíso infernal.

Siempre se espera llegar a un lugar donde sea posible detenerse un instante en la desaforada carrera que nos conduce a la muerte. Se busca un pueblo, una ciudad, una montaña para reflexionar sobre los orígenes, la cul-

tura que nos signa, el pasado y el futuro de la tierra donde nacimos, y del mundo que la contiene. El milagro de la vida es tan atractivo y sus luces tan intensas, que transcurrimos sin saber quiénes somos, ni de dónde venimos ni para dónde vamos. La gran mayoría de los humanos no tiene la más mínima idea de lo que significa su ser y su paso por la tierra. Sus energías se aplican día a día, en el mejor de los casos, a pasar con simpleza, atados a ciertos animismos explicables y en otros a luchar sin sentido por logros inútiles: el poder, el dinero, la gloria, la fuerza.

En esa carrera desbocada, cuando el político o el empresario se arregla frente al espejo y mira con desdén a sus subalternos, no sabe que ya lo corroee el gusano y lo mismo ocurre a los escritores que no ven más allá de las narices de su tiempo y su patria y escriben como si la literatura fuera una "carrera" o un negocio. Ignoran que dentro de poco no existirán ellos e ingresarán en el amplio abismo del olvido, como ocurrirá también con las ciudades, las naciones, el mundo, la galaxia y el propio universo. Es cierto que la vida está compuesta de cosas insignificantes como tomar el café, cobrar un cheque, publicar un libro, hacer el amor, asistir a bodas y funerales, llorar, leer la prensa, viajar, matar y amar a diestra y siniestra. Pero a veces algún lugar se nos atraviesa en un tiempo preciso y nos hace preguntar al oráculo cuál es "la fórmula de virtud o de vicio" que rige nuestras vidas, como alguna vez dijo el poeta colombiano León de Greiff.

Los sitios para la reflexión súbita suelen ser los más extraños, como ciudades desoladas en algún país lejano, puertos perdidos frente a algún mar, pueblos ardientes junto a caudalosos ríos, y en este caso se me atravesó San Cristóbal de Las Casas o Ciudad Real,





como se le decía hace siglos, con sus cargas prehispánicas y coloniales y sus insólitos agites actuales de hombres acelerados cuya acción se realiza sin saber que la suerte está echada y todo esto es sólo escenografía cruel para proezas de fantasía con figuras emblemáticas: el obispo, el señor presidente, el héroe guerrillero, el señor gobernador, el hacendado, el militar, el indio descalzo, el turista, el político, el seminarista y el blanco soberbio. Esto no es nada comparado con la gran aventura iniciada hace 500 años, cuando aborígenes inmersos en sus mitos peculiares se enfrentaron al sueño de ver naves gigantescas en el mar, de donde salían hombres barbados vestidos con extraños atavíos sobre enormes bestias desconocidas que relinchaban a gusto, mientras los forasteros a su vez se asombraban con aquellos seres pintados de blanco y negro, adornados con plumas, que salían de entre la manigua o bajaban de las pirámides, olorosos a la sangre fresca de los sacrificios, vociferando en son de guerra contra el invasor y prestos a devorar las jugosas extremidades de los muertos.

Aquí en esta tierra que hizo parte de la Capitanía de Guatemala en tiempos coloniales e ingresó tarde a México, viví un capítulo más de la ficción política universal, similar a la vivida por Sancho Panza en la *Ínsula Barataria*. Lo que ocurre por aquí es otro episodio más de la novela latinoamericana y como toda ficción, cuando acabe, pervivirá sólo en fotos, canciones o cien tumbas desoladas. Por eso necesitaba a esta ciudad en las alturas frías de América Central para viajar dentro de mí y del tiempo que me tocó vivir en América Latina antes y después de la guerra fría: los años de Colombia, Francia y Europa en general, los de Estados Unidos y

los de México, untados de castellano vivo y sincretismos "indoeuropeos".

Ese viaje incluye la certeza de que en este fin de milenio, a nivel global, vamos a la deriva sobre una nueva placa tectónica cultural, económica, tecnológica y política, y que por ende es necesario volver a pensar la encrucijada del continente, lejos ya del ingenuo nacionalismo integrista que tantos males y sangre produjo y produce, o sea comprender de manera crítica nuestras enfermedades congénitas y reestablecer con lucidez la relación con los múltiples pasados étnicos o con el "extranjero", del que hacemos parte por sangre. Un "extranjero" que incluye a la diversa y fascinante Europa, con la madre patria España incluida y a Estados Unidos, todopoderoso vecino con el que tenemos más afinidades de lo supuesto. Es necesario también desmontar el sueño de los indígenas y guerrilleros buenos, cuya sociedad sería perfecta y justa por naturaleza, sin vicios ni totalitarismos, de la misma manera que se precisa revisar la concepción de una martirizada e impoluta América Latina cuya pobreza es obra única de los malvados gringos. No hay posibilidad alguna de regresar al mítico mundo del pasado ancestral y menos de imponerlo a la mayoría de un país: sólo quedan los caminos de la autonomía marginada o la difuminación en un hoy que será ruina caduca. Los latinoamericanos debemos aprender primero a ser autocríticos si deseamos escapar de la imagen folklórica que nos resistimos a dejar, atados como estamos a un delirio autocomplaciente. Es bueno saber que los latinoamericanos somos tan ávidos de necrofilia como nuestros duchos maestros europeos y norteamericanos, que a veces sería preferible caer en manos de un cacique extranjero en vez de uno local y en especial tener claro que el mundo prehispánico no fue tal edén sino oprobioso averno primitivo.

La reflexión sobre lo que es y será siempre el gran caos latinoamericano debe ser por fin un goce y no la penitencia sadosoquista que fue hasta ahora. En tal empresa México es país clave para el análisis, por su relación traumática simultánea con la malvada madrastra española, la inefable Europa encarnada en la invasora Francia y Estados Unidos, su insaciable devorador territorial y cultural. Este país ha suscitado a veces en los extranjeros visitantes pasiones de amor y odio por

la sencilla razón de que su carácter milenario lo hace inasible aún para sus nativos. Pero acorde a su complejidad, el país ha provocado también una admirable y permanente reflexión entre los suyos a lo largo de los siglos: ya sea reelaboración del pasado en esferas políticas o lúcida investigación sin fin entre poetas, filósofos, historiadores, antropólogos y cronistas, ese movimiento del pensamiento mexicano es ejemplar y tonificante para la investigación global sobre la naturaleza del transcurso continental, desde el río Bravo hasta la Patagonia.

En el mismo instante que uno inicia las imprecaciones contra la piramidal contextura de sus velos de piedra, demuestra que ha sido atrapado por la incógnita mexicana, y como ocurre con Japón, China, Camboya, India, Egipto o Perú, intuirá que mientras más sepa del país, más lejos estará de asirlo. La gran maravilla minotáurica de México radica en que extranjeros y mexicanos estamos unidos en la incapacidad de entenderlo: todo aquí es esfinge, oráculo, diagonal, máscara, laberinto, megalito. Cuando alguien cree encontrar por fin el resultado de la ecuación, ésta se esfuma o se convierte en otra aún más complicada. Cuando el experto indio, criollo, blanco o islandés se imagina a punto de encontrar la revelación, una gran carcajada de piedra lo deja helado a la vera del camino. Ni el odio ni el amor, el servilismo o la rebeldía, servirán para abrir la puerta sellada, y la desesperación, como en el amor, es sólo arena movediza que devora al caído.

Por eso en las calles de San Cristóbal de Las Casas y en los campos insondables de Chiapas, llenos de periodistas, turistas de safari y fotógrafos, gocé el carnaval de este nuevo episodio de lo "real maravilloso" latinoamericano y tuve la tentación de pensar un poco sobre lo que nos pasa a estas alturas de la historia. Por un lado es fascinante el desarrollo tecnológico que nos coloca ahora ante cambios impensables hasta hace poco, tan intensos como los que se percibían ya a fines del siglo XIX. En ese entonces aparecieron en el campo artístico y social movimientos que alertaron sobre el lado oscuro del progreso ciego: la literatura esteticista finisecular, la utopía social de las comunas y el anarquismo son ejemplos de ello. Las horribles guerras mundiales les dieron la razón, al mostrar el despliegue

de la tecnología al servicio de la aniquilación del hombre. Pero en contraposición, en este último lustro del siglo XX surgen por fortuna innumerables movimientos de protesta pacífica cuya pretensión es detener los aspectos autodestructores del ciego progre-

so planetario y de la ideología dizque liberal, intolerante ante el margen y la periferia. Aunque hay sectores clínicos de la *intelligentsia*, que hoy como ayer son insensibles a las variantes siniestras del progreso, cada vez aparecen más fuerzas humanistas que se enfrentan con valentía al dogma tecnocrático de la rentabilidad a toda costa. Por eso en este viaje pude ver con mayor claridad que la vocación solidaria de todos los tiempos, desde Diógenes hasta San Francisco, aunque derrotada por la barbarie, debe gritar aún contra la corriente.

De ninguna manera este es un libro sobre México en general o menos sobre Chiapas y los zapatistas, tema sobre el que hay brillantes y documentados especialistas. Es sólo el delirio súbito y omnívoro de un enviado especial lector de Rubén Darío en un país que no podrá borrar jamás de su memoria. El delirio autobiográfico y caótico de un hijo de este fin de milenio sobre el pasado, el presente y el futuro propio y el de su continente.

Estas letras caprichosas e irresponsables están escritas para nada y para nadie, como las de un lejano adolescente recién infectado por la literatura, que es mundo inagotable lleno de otros mundos. Son sólo palabras vidas, palabras planetas, palabras viento, palabras máscaras.

**Prefacio a Delirio de San Cristóbal.
Eduardo García Aguilar, Manizales, Colombia, (1953).
Reside en México*



Naufragio 26

*Había en su mirada
una indomable soledad de gaviotas,
un antiguo naufragio
se afanaba en su rostro,
entre sus manos
un silencio de barcos como hundiéndose.*

*Un día con su serena voz de adusto capitán
me dijo
quiero volver al mar
y las palabras le ardieron en los labios,
se me están extraviando los delfines azules
de mi sueño,
no es grata la ciudad que me brindas
su cielo no es amable,
quiero volver al mar,
ahí te dejo mi hoguera de palabras,
mi horizonte de fábulas
rotas ya por ese tiempo azul
de sal y olvido,
regreso a la dichosa desventura de las islas
a colgar mi hamaca
en el cuarto menguante de luna que me queda,
pronto cumpliré 80 años,
ya he perdido la urgencia de los viajes,
la ansiedad de llegar a los puertos
y el corazón en fatiga por las hembras,
cualquier sitio en el mar
es el cielo que merezco.
Además
me espera mi perro ciego
en el ladrido de las 6 de la tarde.*

Hernando Revelo, Gaupi, Colombia, (1957).



El señor de los sueños

CUENTO DE
MARCO TULIO AGUILERA GARRAMUÑO

No le rinde cuentas a nadie. Es caprichoso. Puede ser complaciente si está de buen humor o malvado por llevarle la contraria a su propio estado de ánimo. A veces es ligeramente razonable y le da por sopesar los actos diurnos de los hombres. Entonces juega a las recompensas y castigos. Puede ser bondadoso -y se inclina a serlo- con los miserables. A un mendigo que duerme cobijado con periódicos, le puede suministrar sábanas de seda china y pieles de armíño. En asuntos de amor se inclina a favorecer a los solitarios o a los que tienen a sus amados muy lejos. Reparte noche a noche hombres magníficos a damas pesarosas y mujeres espléndidas a los más extravagantes engendros. No escatima. Al fin y al cabo tiene a su disposición todas las razas, todas las variedades, todos los sexos, todas las texturas de piel, todos los labios, todas las manos gentiles y amorosas. No existe nada que se le niegue. También puede ser un eximio torturador. A veces le basta una sombra para hacer delirar a un soñador, pero en ocasiones recurre a máquinas infernales. Puede hacer que un hombre, con toda frialdad, rebane sus dedos, sus manos, sus muñecas, sus brazos en delgadísimas tajadas con una cortadora de jamón. A veces, por simple descuido o capricho, reparte sueños equivocados. Convierte a un hombre sano y orgullosos de su virilidad, en una prostituta de lo más vulgar y vulnerable. O transforma a un anciano en una bicicleta nueva que vuela cuesta abajo. También suministra placidez a los que están al borde del suicidio.

A éste le retorna una sonrisa que perdió entre mil rostros anónimos, a aquél un paisaje que extravió en sus peregrinaciones, al de más allá, le devuelve un amor perdido, quizá el único que tuvo en la vida. Visita a todos los durmientes, pero son pocos los que recuerdan su rostro. La verdad es que nadie lo puede reconstruir en la existencia vigil. Para lograrlo sería necesario vivir exclusivamente para atisbar los deslices del sueño. De todos modos está ahí, sentado al lado de las camas desde el instante en que las personas cierran los ojos. Entonces les pone sus dedos sutiles sobre los párpados y espera que a través de ellos sientan las pupilas fijas, dispuestas a contemplar los paisajes de la noche. Es un viejo caprichoso que no obedece a nadie. Se divierte mucho. Pero eso solamente sucede durante la noche, cuando la mayoría duerme. El resto del tiempo lo pasa maquinando las fantasías que ofrecerá a sus protegidos en cuanto les llegue el sueño. El hombre de los sueños es el eterno insomne. No tiene tiempo par dormir. Si durmiera, los hombres carecerían de sueños. Y si los hombres carecieran de sueños, sin duda, habría más catástrofes y crímenes de los que agobian al mundo. Hay quienes piensan que cada persona tiene su propio hombre o mujer de sueños. Algunos osados se atreven a pensar que el hombre de los sueños es la única divinidad auténtica a la que pueden tener acceso los seres humanos.

*Marco Tulio Aguilera Garramuño,
Cali, Colombia, (1949). Reside en México.*

Ignorancia

Pedro Serrano, Ediciones El Equilibrista, 1994.

Este libro de poemas está compuesto, aparentemente, por tres secciones: Cremaciones, Naturalezas muertas y Ciudadela, pero al interior del cuerpo poético hay una coherencia implícita que desglosa el poemario en varias imágenes. En la primera parte aparecen un pasado y presente alegóricos. Mitos, leyendas y nombres se confunden con el tiempo vivido en una sucesión de tonos. El hombre nace y renace en el verso dominante, en la adhesión total al éxtasis de la palabra invocada y en el espacio que recrea visiones de un fluir del tiempo. El mar diseña al hombre en figuras, en vastas amarguras y en el eco sordo del caracol. La palabra poética integra la reflexión sobre un pasado próximo y el advenimiento de unos impulsos cargados de incertidumbre. En ella está la evocación del ser que "No conocía el pecado de la ignorancia" y "los encuentros repetidos en un lugar que es el amor". El lector en esa sucesión de versos encuentra la resonancia, los ecos y la sonoridad del ser en un resplandor que ilumina la comunicación y las imágenes que surgen de la conciencia. La poesía de Pedro Serrano, tal parece, invierte la metáfora del río heraclítico: el agua mira el transcurso de los caminos del ser. Por éstos pasan las imágenes agobiantes de la angustia, el dolor, el deseo y la pasión. Y el hombre, pobre hombre- como diría Vallejo- se cubre de sueños, de salitre y de indiferencia. "Todas las rutas han sido borradas/por esa desvalda inapetencia". Son versos que logran el desdoblamiento del drama cotidiano, desde tiempos inmemoriales.

El poemario de Naturalezas muertas, tal como está anunciado, es una sucesión de voces. El ser es testigo a través de sus sentidos. Mira, siente, ve, oye y olfatea la disolución de su existencia. La palabra hace sensible la realidad y concentra la actitud contemplativa del mundo en un fluir de visiones. "Somos el mismo destierro, las cien y mil copas" como si en esa voz del coro se concentraran los fantasmas del poeta. En él reverberan

las impurezas y las amalgamas de todo lo creado: miedo, dolor y el temblor de adentrarse en el sufrimiento y la alegría de todo lo vivido. En esa diáspora de imágenes crecen el recuerdo, las ensoñaciones del mar y las resonancias de la contemplación del tiempo. Son versos que desfilan por las pupilas del lector como si ante ellos estuvieran los ecos de Eliot, Saint John Perse y Whitman; y precisamente, en este último poeta se vislumbran las bases de una filosofía poética, es decir, un discurso que cubre la realidad, la pesadumbre y los sentimientos del hombre. Ese yo poético está en una permanente reflexión sobre el tiempo y su devenir. Dice el gran maestro nacido en West Hills, poblado cercano a Nueva York:

*Throwing myself on the sand, confronting the waves,
I, chanter of pains and joys, uniter of here and hereafter,
Taking all hints to use them, but swiftly leaping beyond them,
A reminiscence sing.*

¿Acaso las imágenes del joven poeta mexicano se encuentran en un diálogo mediado por la ensoñación como si ellas penetraran en la intimidad y la purificación de las palabras?. Quizás son un reverdecir de las lecturas que en noches de insomnio, tabaco y amor aparecen en el acto más íntimo del creador.

Por último, cierra el libro de poemas Ciudadela. La palabra continúa su viaje peregrino. Ella detiene su mirada en la cotidianidad de la ciudad. Es una voz que anuncia lo sórdido y lo trascendente; lo aparente y lo profundo; lo sagrado y lo profano como si la resaca de todo lo visto se quedara en las sensaciones de un cuerpo abandonado. Entonces el poeta exclama:

*Cada minuto cae como un crepúsculo en la tarde que muere,
cada minuto,
como un escrúpulo cae haciendo eco cada minuto encima de mi pecho,
como una piedra que forma onzas en la poza de nadie, cada minuto.*

Hernando Motato

Una mujer

*Que te alces brutal y redonda,
que resuenen las nueces.
Que levantes la lengua y que hables,
recuperes tu voz y tus manos.
Que recibas el sol en los pechos,
se muestren, se ufanen.
Que desde las puntas de los pezones
se planten tus pies.
Que tu boca se abra y reviente.
Que en el mar de tus ojos se rompan
la piedra
y el aire,
la luz tenue y la espuma furiosa,
el vendaval y el agua.
Que tu sexo se moje en tu cuerpo,
que su musgo se hinche.
Y que puedas en toda tu talla decir
aquí estoy.
Soy mujer. Aquí estoy.
Y que yo pueda verte.*

Pedro Serrano, Montreal (1957).

FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS (1771-1816) dividió su vida entre la investigación en el campo de las ciencias exactas, físicas y naturales y la actividad política. Ambos intereses lo llevaron a desarrollar un papel decisivo como científico, difusor del conocimiento, investigador del territorio nacional, de su geografía, de su riqueza histórica, y como político-patriota, inmerso en buscar una solución a las contradicciones sociales de su época.

El sabio Caldas fue alumno de José Félix de Restrepo, el criollo que más trabajó para secularizar el pensamiento y difundir la ciencia en la naciente patria independiente; heredero científico de José Celestino Mutis, el español promotor y director de la Real Expedición Botánica.

Mejor conocido como el "Sabio Caldas", patriota sacrificado en las luchas entre Centralistas y Federalistas, exacerbadas por los intentos de la reconquista, sedujo muchas mentes juveniles con el episodio trágico de su despedida final en una celda vacía, donde encontró apenas un pedazo de carbón negro que le permitió dibujar su último pensamiento, amargo, de reproche, a la nación que lo sacrificaba. Un dibujo mágico, simple, una letra "o" alargada y partida en dos: "¡oh larga y negra partida!"; antes de enfrentarse en una madrugada de 1816, a los 48 años, al pelotón de fusilamiento.

La Red Caldas de científicos e investigadores colombianos:

una propuesta internacional de Colciencias

Retomando la figura científica de Francisco José de Caldas, en 1991, el Instituto colombiano para el Desarrollo de la Ciencia y la Tecnología (COLCIENCIAS), crea la Red de investigadores y científicos colombianos en el país y en el exterior, RED CALDAS.

La idea fue audaz y novedosa y hoy en día comienza a ser ejemplo para otros países. Aprovechando la difusión de las modernas tecnologías de comunicación, especialmente el correo electrónico, la Red Caldas complementa el tradicional proyecto de repatriación de "cerebros fugados", con un espacio nuevo de reencuentro, un espacio que facilita el contacto interactivo y creativo entre técnicos, académicos e investigadores dentro y fuera de las fronteras patrias, para la realización de proyectos conjuntos cuyos resultados contribuyan al avance de la ciencia y del conocimiento, y cuya aplicación beneficie al país.

La Red opera a través de agrupaciones voluntarias denominadas **nodos**, ubicadas en los países de residencia de quienes las conforman. Los diversos nodos existentes en 22 países, a finales

de 1995 aglutinaban alrededor de 1000 miembros con intereses comunes, y una amplia gama de quehaceres científicos, técnicos, intelectuales y productivos.

En México, el nodo inició el proceso de acercamiento entre sus miembros desde 1991. Actualmente somos 30 colombianos involucrados en actividades de investigación, académicas en los campos de la física, las matemáticas, psicología, ciencias sociales, de la salud, computación y aplicaciones tecnológicas a la producción y al comercio. La participación en la presente revista *La Casa Grande* que hoy iniciamos, refleja el interés por dar a conocer nuestra organización y el perfil científico y humano de sus miembros al medio cultural de México y Colombia.

Difícil sería nombrar en esta primera reseña, muy general, a todos los profesionales que acompañan el proyecto de la Red Caldas en México. Poco a poco los daremos a conocer. Mencionemos por esta vez a algunos de los más activos y constantes colaboradores, muchos de ellos residentes en México, desde hace más de una década y que ocupan lugares destacados en el que-



hacer científico y académico del país.

La coordinación del nodo recae en **Nubia de la Roche**, economista de la Universidad del Valle, residente en México desde hace 20 años y, a su vez, coordinadora de docencia del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), una de las instituciones de más alta calidad en el país, en el área de las ciencias sociales.

Rafael Baquero inició estudios de ingeniería civil en la Universidad nacional de Colombia y se tituló en la Universidad de Praga, posteriormente se doctoró en física en el Centro de Investigación y Estudios avanzados (CINVESTAV) de México; es coordinador académico del Departamento de Física de dicho Centro.

Enrique Valencia es antropólogo de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) de México, actualmente es profesor de tiempo completo de la Universidad Nacional Autónoma de México, (UNAM).

Fabio Salamanca, médico cirujano de la Universidad Nacional de Colombia, con maestría en ciencias médicas de la UNAM; se desempeña como Jefe de la Unidad de Genética Humana del Centro Médico siglo XXI.

Humberto Colmenares, economista de la Universidad del Valle, doctorado en economía de la Universidad de Wisconsin y actualmente técnico de la oficina del Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura en México.

Yolanda Mendoza, ingeniera química de la Universidad del Valle, ocupa el

cargo de subdirectora de Operación del Instituto de Capacitación del sector agropecuario.

Germán Escorcia, doctorado en ingeniería de sistemas, director del Centro Latinoamericano de Investigaciones Educativas de la IBM.

Carlos Morán, médico cirujano, con título de maestría en ciencias médicas, quien se desempeña como médico investigador del Instituto Mexicano del Seguro Social.

Jairo Muñoz-Delgado, antropólogo físico de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), actual investigador de la división de Neurociencias del Instituto Mexicano de Psiquiatría.

Eduardo Sandoval es el coordinador general del Centro de Estudios Avanzados del Universidad Autónoma del Estado de México.

Gustavo Vargas, sociólogo e historiador, funge como profesor de tiempo completo de la ENAH de México.

La Red cuenta también con la participación de científicos mexicanos y de otras nacionalidades cuyo perfil daremos a conocer a través de diferentes entregas de *La Casa Grande*.

Por otra parte, el nodo impulsa en la actualidad varios proyectos; se destacan entre ellos la creación de un Instituto interdisciplinario de las Ciencias, con sede en la Universidad del Quindío, Colombia, y la reciente firma de un convenio de colaboración entre el Instituto Mexicano de Psiquiatría y la Universidad del Valle.

En 1995, bajo la dirección del Dr. Hernando Ariza se inauguró el labora-

torio de Física electrónica en la Universidad del Quindío, el Dr. Ariza fue el primer estudiante colombiano de doctorado, graduado en el Cinvestav de México (1972). A su regreso a la Universidad del Quindío, trabajó varios años como investigador y como docente y paralelamente impulsó el laboratorio de Física electrónica.

Su vinculación permanente con el CINVESTAV, la presencia en este Centro, de estudiantes distinguidos y fundamentalmente la destacada labor de otro colombiano, el Dr. Rafael Baquero, ayudaron a fortalecer el círculo de cooperación que permitió lanzar el proyecto del Instituto interdisciplinario de las Ciencias.

El proyecto toma como núcleo básico el laboratorio de electrónica dirigido por el Dr. Ariza; a partir de ahí busca conjuntar esfuerzos para maximizar resultados en el campo de la investigación y la docencia. La parte central es la formación de 7 investigadores colombianos a nivel de doctorado, en el departamento de Física del CINVESTAV de México. Durante los tres años del doctorado se creará el ambiente propicio en la U. del Quindío para que su llegada produzca un efecto multiplicador importante. Por ejemplo, es necesario iniciar un programa de la carrera de Física y uno de magister, así como una biblioteca e instalaciones apropiadas.

El programa de magister buscará apoyo de otras universidades en Colombia y en el exterior. El plan de estudios es el que funciona en el Cinvestav, ya que pertenece al padrón de excelencia.



cia de programas de posgrado del Conacyt, con más de 30 años de existencia. Para completar la parte docente del proyecto, hacia finales del mismo, se iniciaría el doctorado. En el área de investigación científica se definirá un programa que conjunte el interés de los participantes con temas que puedan tener un impacto productivo a nivel regional y de carácter multidisciplinario. Al programa de magister en Física se pueden incorporar los profesores de las áreas de ingeniería y de matemáticas que estén interesados. El programa constituirá, así, un acicate para el mejoramiento de la calidad académica hacia otras áreas de la Universidad.

De otra parte, los doctores **Hernán Pimienta**, director del grupo de Neurociencias y **Martha Escobar**, vicedecana de investigaciones, de la facultad de Salud de la Universidad del Valle, estuvieron recientemente en la ciudad de México, como invitados extranjeros, a un coloquio realizado en la UNAM, en el marco de cuya invitación se firmó el convenio de colaboración arriba citado por parte del director del Instituto Mexicano de Psiquiatría, Dr. **Ramón De La Fuente Muñiz**, el Jefe de la división de Investigaciones en Neurociencias, Dr. **Augusto Fernández Guardiola**, con cuyas firmas quedó protocolizado el convenio citado.

Entre los objetivos se cuenta el intercambio de recursos humanos para la adquisición de conocimientos en diversas áreas de la salud mental, tanto en la investigación básica como en la clínica. Capacitación y actualización de re-

ursos humanos, a nivel técnico, profesional y de posgrado; desarrollo de proyectos conjuntos de investigación; uso y préstamo de instalaciones y equipo, intercambio de información científica y técnica y asistencia tecnológica, en la organización de otros eventos académicos.

En esta dirección se está desarrollando un proyecto de investigación conjunto, propuesto por el Antr. **Jairo Muñoz-Delgado** en el ámbito de la etología cognitiva del sueño en primates. Participan en el mismo, como contrapartes mexicanos, los maestros **Gustavo Luna-Villegas**, **Ricardo Mondragón-Ceballos** y el Dr. **Augusto Fernández-Guardiola**; el proyecto, traducido en otras palabras, es el estudio en grupos de monos, macacos, originarios de Tailandia, Asia, y mono nocturno, originario de Colombia, de los mecanismos conductuales que funcionan durante el sueño y los procesos mentales que subyacen al mismo. A su vez, en el estudio comparativo con humanos se busca determinar el sueño y sus alteraciones, así como la regulación en la dinámica social. Muñoz-Delgado ha participado en diversos foros en México y en el exterior; ha publicado resultados de investigación básica en revistas especializadas, nacionales y extranjeras; es autor de diversos artículos de investigación y de algunos capítulos en libros que sobre el tema se han escrito.

Por último, es placentero informar la visita del Dr. **Rodolfo Llinás**, eminente neurofisiólogo colombiano. Está considerado como uno de los pocos

investigadores en el mundo que proponen una hipótesis completa acerca de la teoría Neurobiológica de la Conciencia. Sus importantes contribuciones en el campo del funcionamiento del cerebro le han hecho acreedor a diversos reconocimientos en el ámbito académico y científico. Como parte de su visita a México, el Dr. Llinás impartirá dos conferencias sobre el tema "Cosmogonía: herramientas modernas para la educación", en el auditorio del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), el día 20 de septiembre, y otra conferencia denominada "Una teoría neural sobre la cognición: la conciencia como un fenómeno neurocientífico", en el auditorio del Instituto Mexicano de Psiquiatría.

También se ha programado una reunión con el Dr. Llinás con personas invitadas por el nodo, con el doble propósito de estrechar lazos entre investigadores y académicos y de alentar simultáneamente posibles intercambios de trabajo hacia el futuro cercano, en el marco de la Red.

El nodo México inicia con este espacio una serie trimestral de noticias sobre los planes, metas y resultados asociados con su gestión. Este cumple, además, un propósito adicional, no menos importante que el anteriormente señalado: servir de vehículo para mostrar otras facetas científicas, productivas y culturales, de un grupo de colombianos que por diversos motivos se han insertado, permanente o temporalmente, en la sociedad mexicana.

Los hombres que aman las piedras

(Mínimo homenaje a Roger Caillois)

*La piedra mira desde el precipicio.
Sus sueños soterrados se difuminan en el aire.
Nada hay tan cierto como sus ojos
de insospechados minerales hundidos en el tiempo:
plagioclasas azules, maclas, drusas
configuran paisajes imposibles
amores que no cesan, lluvias
de aguas verdes entre los piroxenos,
ardores, turmalinas, luminiscencias sheelitas
que conocen las instancias de la muerte.
Nada hay eterno para la pasión de la piedra
como testigo impávido todo lo ha mirado:
el paso y la creación de las cosas
la extinción extraña de los trilobites
los peces saltarines que iluminan
la noche
las ilusiones de los pájaros
volando hacia el olvido.
Los hombres que aman las piedras
tocan el misterio y lo contemplan
gozan la magia del mundo y se sumergen
se inician en el deleite de las cosas difíciles
creen que un dios impúdico los puso aquí
para descifrar mensajes abismales.
Los hombres que aman las piedras
son poetas de corazón recio y dulce.*

Jorge Bustamante García



DESDE MEXICO

DIARIAMENTE

▶ A COLOMBIA

BOGOTA

CALI

MEDELLIN



COPA le ofrece, vuelos diarios*
a las principales ciudades
de Colombia, y le permite
disfrutar en su vuelo
de su Excelente
Servicio Preferencial.

SALE DE MEXICO

1:45 P.M.

* Via Panamá

Para mayor información,
consulte con su Agente de Viajes
o llámenos.

Reservas: 592-3535 / 592-3585
592-3590 / 592-3524 / 592-3470
Ventas: 535-9422
Lada 800: 91800-70668

